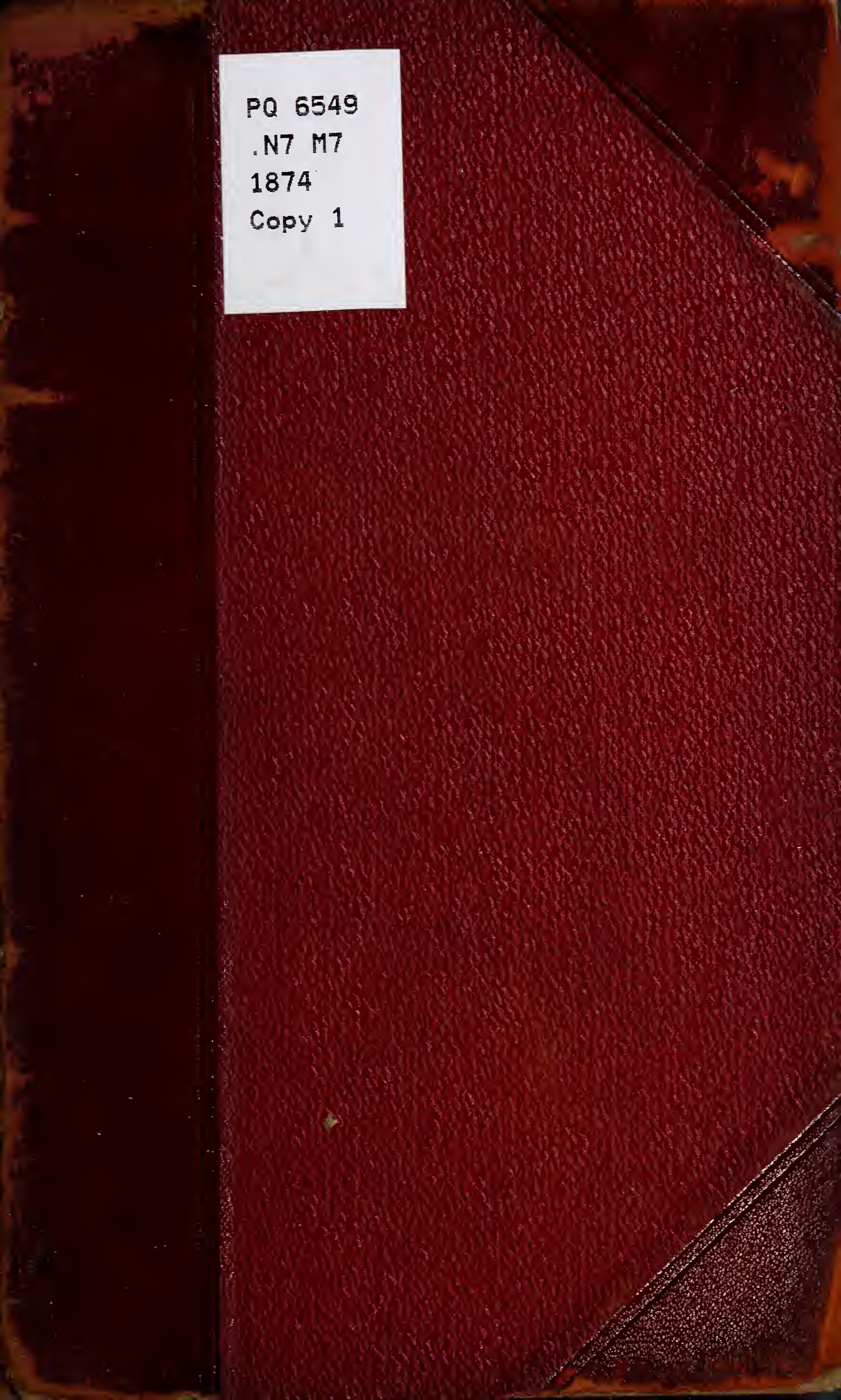

PQ 6549
.N7 M7
1874
Copy 1


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

LA MUJER

DE

LOS SIETE MARIDOS

LA MUJER

DE

LOS SIETE MARIDOS

POR

JULIO NOMBELA.

« No quisiera morirme sin dejar colocada á mi hija.. Al fin y al cabo, con un marido, no le faltaria nada. »
(*Frase de todas las madres.*)





PARIS

LIBRERÍA DE À. BOURET É HIJO

Calle Visconti, nº 23.

1874

CAPITULO PRIMERO

Un angel y un loco.

— Yo no sé lo que pasa, pero siempre es lo mismo. Cuando empiezan los incendios es el cuento de nunca acabar.

— Cualquiera diria que habia al año una temporada de fuegos, como la hay de fresas ó de horchata de chufas.

— Sobre todo, desde que las compañías de crédito...

— Calla, mala lengua.

— ¡ Y cómo aprietan las campanas de San Martin !

— Apuesto cualquier cosa á que los chicos están en sus glorias mientras se quema la casa. ¡ Pensar que lo que á unos entristece alegra á otros !

— Sé menos filósofo y anda mas de prisa.

— Tienes razon, se me va la fuerza por la boca.

— Ya estamos cerca, ¿ no ves el humo ?

— Sí por cierto : nos va á dar algo que hacer el tal incendio.

— ¡ Cuánta gente se ha reunido !...

— Como que es un espectáculo gratis... ¡ Eh ! ¡tú, aguador !... mírale como corre. Ese es el amor que tienen al prójimo : va á esconderse para que no le obliguen á llevar agua...

— ¡ Paso... paso !

Mis dos hombres, que iban armados de piquetas, eran albañiles, que formaban parte del cuerpo de bomberos, á juzgar por las iniciales que habia en su gorra.

Abriéndose paso por entre la multitud, subieron precipitadamente la escalera de la casa que se quemaba.

El aspecto que presentaba la calle era á la vez terrible y grotesco.

¡ Contrastes de la vida !

Todos los vecinos de las casas inmediatas voceaban, gesticulaban y aconsejaban desde sus balcones.

Los de la casa que ardia arrojaban por los balcones muebles, objetos de valor, legajos, colchones, corrian de un lado á otro, llamaban á los suyos, recordaban lo que habian olvidado, tropezaban y caian ; y aquella dolorosa confusion, aquel espanto, aquel miedo que se pintaba en los rostros de las víctimas, hacian reir á los curiosos y les inspiraban frases que eran saludadas con sonoras carcajadas.

¡ Como si todos no tuviéramos el tejado de vidrio !

¡ Como si no fuéramos todos hermanos !

Pero no es de este cuadro joco-sério del que deseo hablar á mis lectores.

Fácilmente se comprende cómo estarian los habitantes de aquella casa ; y de buen grado los iria presentando en todos los cuartos para que conocieran á las familias que tan interesantes aparecen á sus ojos.

Esta operacion seria, sin embargo, demasiado larga, y deseo ser breve.

Vamos, mientras los operarios de la villa y las bombas procuran atajar los estragos del voraz elemento, á penetrar solo en dos cuartos ; en los dos sotabancos.

En el uno, el mejor, el que daba á la calle, vivian dos mujeres : madre é hija.

Doña Soledad, que este era el nombre de la primera, podria tener unos cincuenta y ocho años.

Era viuda, y no tenia mas familia en el mundo que su hija.

Isabel estaba en esa edad en que la mujer puede reunir todas las bellezas, la de la juventud, la del talento y la de esa experiencia, á la vez maliciosa y cándida, que es uno de los mayores encantos de la hermosa mitad del género humano.

Alta, esbelta, modelada con inspiracion, elegante por naturaleza, completaba sus atractivos un rostro en el que las facciones, sin ser perfectas, formaban un conjunto distinguido, simpático.

En aquellos ojos negros, en aquella frente blanca y ligeramente matizada por las azules venas, en aquella boca severa siempre, pero que al sonreir proyectaba un rayo de luz sobre la fisonomía de la jóven, se adivinaba un alma nada vulgar.

Madre é hija vivian con la mayor modestia. Una larga enfermedad de la primera habia agotado al

parecer sus recursos y no tenian mas medios que la exígua viudedad de un capitan de infantería.

En los momentos en que estalló el incendio, doña Soledad estaba muy enferma, y su hija, que habia pasado la noche velando á su cabecera, se habia quedado dormida.

La pobre se despertó sobresaltada al oir las voces angustiosas de

— ¡ Fuego ! ¡ fuego !

Su primer pensamiento fué para su madre. ¿ Cómo sacarla de allí en el estado en que se hallaba ?

La enferma se habia apercibido de lo que ocurria y llamaba á su hija pidiendo que la salvase.

Isabel corria desde la alcoba donde estaba su madre á la ventana, y al abrirla se llenaba de humo la habitacion, porque el incendio habia empezado en el cuarto contiguo al suyo.

Lo mas probable era que las llamas entrasen

en su cuarto, que incendiasen la escalera, y si esto sucedia su muerte y la de su madre eran seguras.

Atropelladamente, como se hace en semejantes casos, vistió á la pobre enferma, la arropó bien, formó un lio con los objetos que queria salvar, y cogiendo á doña Soledad poco menos que en brazos, se dispuso á partir.

Al abrir la puerta una nube de humo las hizo retroceder.

Al humo siguió una terrible llama.

— Somos perdidas, gritó doña Soledad.

— No, madre mia... ánimo, contestó Isabel, gritando acto contínuo, ¡ favor ! ¡ favor !

— ¡ Las llamas van á abrasarnos vivas !

— Huyamos de las llamas, conserve V. las fuerzas, y los que trabajan detrás de esa pared nos salvarán...

El peligro, sobre la enfermedad que padecia la pobre señora, agravó su estado.

— Ya no hay remedio para nosotras, balbuceó doña Soledad, presa de un espantoso delirio.

— No, madre mia, no... subirán á salvarnos... ¿No oye V. los golpes que dan en la pared?... vienen en nuestro auxilio... Animo, madre mia...

— ¡ Yo me muero !...

— Por Dios.

— Si tú te salvas, añadió la infeliz en medio de la convulsion, aun podrás ser dichosa... Eres rica, hija mia, corre... busca en la cómoda la cartera de tu padre... en ella hay un papel... un recibo de depósito... con él podrás sacar del Banco.

La anciana no pudo continuar.

El fuego avanzaba, el calor la asfixiaba.

Al mismo tiempo redoblaban los golpes en la pared...

— ¡ Valor, Isabel... dijo una voz... voy á salvar á Vds. !

— ¡ Ese hombre aquí ! esclamó la jóven...¿cómo tiene valor ?...

— ¡ Hija mia !... hija mia, sálvame... gritaba doña Soledad... no puedo moverme.

En aquel instante resonó en toda la calle una dolorosa esclamacion.

Acababa de desplomarse una gran parte del alero de la casa.

Los que trabajaban para penetrar en la habitacion de doña Soledad por medio de un boquete que á toda prisa abrian en la pared, vieron al fin coronados sus esfuerzos.

El primero que penetró en el cuarto fué un jóven como de veintinueve á treinta años.

Corriendo hácia el grupo que formaban madre é hija...

— Valor, Isabel, dijo de nuevo; por el boquete que hemos abierto en la pared, pueden Vds. salvarse... no hay que pensarlo... ánimo, de lo con-

trario todos pereceremos bajo las ruinas de la casa.

Isabel apenas le veia, porque tenia fijos todos sus cinco sentidos en su madre, que al caer al suelo al parecer desmayada, habia clavado en ella una mirada penetrante y siniestra.

Haciendo la jóven un supremo esfuerzo, cogió la mano de su madre y la halló helada; tocó sus sienes y encontró en ellas el mismo frio glacial; acercó su oido al corazon de la infeliz y abrazándose á ella:

¡ Ha muerto! ¡ ha muerto! dijo, y el esceso del dolor le privó del conocimiento.

Los que habian llegado á salvarla la cogieron en brazos y la libraron del peligro.

El cadáver de doña Soledad fué trasportado en una camilla á la casa de socorro del distrito.

Algunas horas despues lograron los operarios extinguir el incendio.

Todo habia cambiado para los inquilinos de la casa quemada.

Nosotros solo seguiremos á Isabel y á Mariano, que así se llamaba su vecino, el que con tanto empeño habia querido salvarla, el que con su voz habia indignado á la jóven, y por último que (acá para entre nosotros) habia tenido la culpa de aquella espantosa catástrofe.

1.

CAPITULO II

Historia antigua.

Antes de pasar adelante, suponiendo que el lector desea saber quién era el jóven que aspiraba á salvar á Isabel, voy á contar la causa de sus relaciones, causa que en cierto modo, como despues veremos, estaba enlazada con el incendio que tantos estragos habia producido.

El padre de Isabel habia llegado á capitan en la guerra civil, y al morir, cuando mas brillante porvenir esperaba, no pudo hacer otra cosa que dejar una exígua pension á su viuda.

Isabel tenía dos años cuando perdió á su padre.

Doña Soledad pasaba de los treinta y ocho, y fuê tan grande el dolor que produjo en su alma la muerte de su esposo, que se retiró de la sociedad, y fué á vivir con su hija, que como he dicho antes constituia toda su familia, á una modesta casa de la plazuela de Afligidos, plaza que por entonces merecia el nombre con que el ayuntamiento la habia bautizado.

Los dos balcones del cuarto que habitaba doña Soledad daban al jardin de una casa, en la que vivia un venerable eclesiástico llamado D. Fabian.

Este buen señor era el tipo modelo de los ministros de la religion cristiana.

Huérfano desde muy niño porque sus padres habian sido mártires en la guerra de la Independencia, quedando en la mayor pobreza, habia debido á la caridad los nuxilios para vivir, la proteccion para entrar en un convento, y su sabiduría al hablar en

la cátedra del Espíritu Santo, y sus virtudes en el trato privado le habian granjeado tal aprecio y tal fama, que al estallar el célebre motin en que los conventos presenciaron escenas tan terribles, don Fabian, sin abandonar su puesto, presentándose á las enfurecidas masas con la serenidad de una conciencia tranquila, eon la evangélica resignacion del que tiene su pensamiento en la divinidad, desarmó su ira, fué respetado y defendido por los mismos que en su exaltacion no perdonaban ni lo mas sagrado.

Consagrándose despues al sacerdocio, no tardó en ser la Providencia de los pobres de la parroquia de San Márcos.

Las familias rícas le confiaban las cantidades que destinaban al auxilio de losmenesterosos para que él las distribuyera; no habia dolor ni pena en el barrio, en que el bueno de D. Fabian no tomase parte; terciaba en las desavenencias de las familias;

ponia fin á los altercados en las calles, y hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, todos le querian, todos le escuchaban, todos acataban sus indicaciones y obedecian sus consejos.

Natural era que siendo vecino de doña Soledad, y hallándose esta señora viuda, en una época en que las pagas tenian mucho de mitológico, fuese para ella su amistad un fecundo manantial de consuelos.

Isabel, que era una niña encantadora, que estaba en esa edad en que hasta la dificultosa pronunciacion constituye un encanto, pasaba horas enteras en el balcon viendo á su bondadoso vecino, á unas horas arreglar las plantas, cuidando el jardin, á otras leyendo en sus libros de devocion, á otras paseando.

A fuerza de verle llegó á tomarle cariño, y un dia sin que su madre lo oyera :

— Señor cura, le dijo desde el balcon, si V. quisiera hajaria al jardin.

Esta inocente proposicion dió lugar á un animado diálogo entre la niña y el eclesiástico.

Doña Soledad intervino, la niña consiguió su deseo y esto bastó para que enterándose D. Fabian de la situacion de sus vecinas se consagrase á mejorarla.

Isabel fué desde aquel dia la compañera de don Fabian en el jardin, le ayudaba á cuidar las flores, á regar la plantas, y el eclesiástico, que adivinaba la superior inteligencia de que estaba dotada la niña, cultivaba con gran esmero aquella nueva é inesperada flor de su jardin.

Despues del ejercicio, despues de haber trabajado, se sentaban los dos en un banquito de madera que habia cerca de la puerta de la casa, y don Fabian le enseñaba la doctrina.

Gracias á estos cuidados y al cariño de doña Soledad, Isabel, que vivia en la pobreza, apenas su-

fria las consecuencias de las privaciones que esperimentaba.

Trascurrieron muchos años : Isabel llegó á los quince, y su belleza y su inteligencia y los elevados sentimientos de su alma, hacian de ella ese tipo sublime de la mujer que hemos convenido en llamar ángel.

Por entonces ocurrió un suceso que no puedo dejar pasar desapercibido.

El padre de Isabel era hijo segundo de una de las mas ricas familias de un pueblo de la provincia de Avila; al morir vivia todavía su hermano mayor, pero dos ó tres años despues, murió tambien, y pasaron los bienes de la casa al hermano tercero, el cual, bastante aficionado á atesorar dinero, se olvidó de que el militar habia dejado en el mundo una viuda y una huérfana.

Llamado D. Fabian una noche para prestar los últimos auxilios á un moribundo, oyó una confe-

sion que en medio de la emocion tristísima que el enfermo producia en su alma, despertó en ella el sentimiento de una dulcísima esperanza.

El enfermo era el tio de Isabel, que, arrepentido de su abandono, deseaba á toda costa enmendar una falta, devolviéndole todos los bienes que en cierto modo le habia usurpado.

D. Fabian, que sabia la historia de doña Soledad, se apresuró á calmar la conciencia del moribundo, manifestándole que podia ver antes de morir á las que por su olvido habian vivido en la pobreza.

No hubo bastante tiempo, pero antes de espirar, pudo el tio de Isabel nombrar á doña Soledad heredera de toda su fortuna.

D. Fabian, que conocio á fondo el corazon humano, convino con la madre de Isabel en lo perjudicial que seria para la jóven verse de pronto rica,

precisamente en la edad en que su imaginacion podia estraviarla, y uno y otro acordaron ocultarle la suerte que le habia otorgado la Providencia.

En el año 1855, D. Fabian fué una de las primeras víctimas del cólera.

Su incansable celo para asistir á los enfermos, para auxiliar á los moribundos, fueron causa de que, debilitándose sus fuerzas, se apoderara de él la terrible epidemia.

Su muerte fué una pérdida irreparable para la jóven, que se habia acostumbrado á encarnar en él el recuerdo de su padre.

Aquel dolor imprimió en su alma una profunda tristeza, é influyó poderosamente en su carácter.

Las circunstancias de la nacion habian cambiado; las viudas y los huérfanos cobraban con puntualidad sus pensiones; y doña Soledad, que sabia

por esperiencia lo que valia el dinero, continuó ocultando á su hija lo que poseia, esperando á que llegase para ella la época mas importante de la vida de la mujer.

Variando de habitacion, fueron madre é hija á vivir en el cuarto en que las hemos encontrado al comenzar esta novela.

Tal es, á grandes pinceladas, la historia de Isabel.

Vamos á ver ahora qué lazos la ligaban con Mariano.

CAPITULO III

Una mala cabeza.

Mariano era platero; pero, aunque no habia cumplido los treinta años, habia sido en el mundo otras muchas cosas.

A los diez años sabia dibujar cabezas espresivas sin que nadie le hubiera enseñado.

A los quince componia romanzas, duos y sinfonías, tocaba el piano, el violin, y se habia empeñado en inventar un instrumento, que sin ser el

órgano, pudiese reemplazar á las orquestas, en los salones y en los teatros.

A los diez y ocho años riñó con su familia, y se ajustó en una compañía drámatica, representando con gran éxito en varias provincias de España toda clase de papeles.

A los veinticinco entró á formar parte de la redaccion de un periódico político.

A los veintiseis tuvo un desafío, hirió gravemente á su adversario y se vió precisado á refugiarse en Francia.

En París, por recurso, entró de aprendiz en casa de un platero, y al medio año era el primer oficial de la platería.

— Este chico llegará á ser un Cellini, dijo un dia su maestro.

Un dia desapareció del taller, y cambiando de nombre y desfigurando su rostro llegó á Nantes, se embarcó para Santander, y no tardó en hallar-

se en Madrid sin recursos y sin familia, porque sus padres habian muerto durante sus viajes.

Una sola moneda le quedaba, un duro isabelino, y entrando en una de las mas acreditadas platerías de Madrid, preguntó por el maestro.

— Yo soy, dijo el dueño de la platería : ¿en qué puedo servir á V. ?

— ¿Soy yo, respondió el jóven, quien aspira á servirle. ¿Ve V. esta moneda ?

— Sí, señor.

— Pues bien ; si dentro de una hora la convierto en un objeto de arte, el que V. quiera, que valga diez ó veinte veces mas que lo que ahora representa, ¿me admitirá V. en su casa ? Advierto á V. que es esta mi última moneda, y que me propongo deberle mi fortuna.

— Aquí tiene V. todo lo necesario para trabajar, dijo el artífice.

Una hora despues la moneda se habia convertido en una verdadera maravilla de arte.

Mariano quedó en casa del platero, y contando con recursos tomó para vivir un sotabanco, precisamente el que estaba al lado del que ocupaban Isabel y su madre.

Empezaba el mes de abril... pero lo que pasó lo contaré si Vds. lo permiten en capítulo aparte.

CAPITULO IV

La primavera.

Yo no sé si les pasará à Vds. lo que á mí; pero adoro la primavera.

¿Dónde hay nada mas hermoso que esa encantadora estacion, en que la naturaleza sacudiendo el triste sudario en que la envolvió el invierno, se viste sus mas esplendorosas galas, y derrama donde quiera torrentes de vida?

El perfume que las flores esparcen por el aire; la trasparencia de la luz que reviste con tintas tan

brillantes los objetos que hiere; las verdes hojas con que cubren los árboles sus descarnados brazos, la pureza del ambiente que se respira, todo en la primavera es una no interrumpida felicidad en que el alma se embriaga.

Viene la primavera y vienen con ella las alegrías, las ilusiones, las esperanzas.

Parece como que la naturaleza nos invita á tomar parte en su mágico concierto, que nos comunica una parte de su exuberancia de vida ¿Qué digo una parte? nos da tanta, que nuestro pecho no basta á contenerla, y se desborda y corre desatada para fecundar todo cuanto nos rodea.

Si pudiera hacerse una estadística de las lágrimas que derraman los hombres, la primavera figuraria en ella con una parte infinitesimal relativamente á las demás estaciones.

En la primavera es tan necesaria la expansion para el alma como el rocío para los campos.

Si las mujeres enamoradas quisieran confiarnos sus secretos mas íntimos, casi todas ellas nos confesarian que la primavera les hizo adivinar el amor.

Si asuntos de mas importancia no estuviesen llamando nuestra atencion, este seria el momento mas oportuno de entonar un himno en justa alabanza de la primavera; mas puesto que debemos olvidarnos de la poesía para atender á la prosa de la realidad, quede consignado que por estas y otras razones adoro la primavera.

A Mariano le sucedia exactamente lo mismo que á mí; era fanático adorador de la estacion de las flores, de los bellos celajes y de las puras brisas.

Si alguna vez le atormentaba el recuerdo de lo pasado, y en el fondo de su alma sentia algun remordimiento por el mucho tiempo que habia perdido, no era seguramente durante la primavera cuando le asaltaban estas ideas melancólicas.

Entonces renacia su alma como la naturaleza, y triunfando de vanas melancolías — aunque en honor de la verdad, estas eran siempre en su mente aves de paso — se abandonaba á los mil delirios de su imaginacion de artista, cantaba y reia como si tuviese en la mano la felicidad y cegado con flores el abismo del porvenir, y si sentia algun vacío en el corazon era solo la vaga idea de no tener con quien compartir la mucha vida que á veces se le convertia en un tormento tan vago y tan horrible como lo es siempre la inquietud en los séres que gozan de perfecta ventura.

Así como ciertas naturalezas necesitan de una sangría en la estacion primaveral para evitarse una congestion, Mariano necesitaba un alma en quien derramar la suya, para no morirse de una especie de congestion de felicidad.

Apenas el termómetro subia algunos grados y el mundo empezaba á sacudir su pesado sueño,

Mariano era otro hombre en toda la extension de la palabra.

El dulce *Laisser-aller* de su alma extinguia en él los codiciosos planes que formaba para el porvenir.

Su pereza se convertia en diligencia.

Trabajaba con afan como si álguien esperase el fruto de su trabajo, y se levantaba con la aurora para saludar al nuevo dia, con el mismo entusiasmo, con el mismo cariño que si se tratase de la mujer mas encantadora.

Verdad es que ante los ojos de Mariano solian aparecerse á un mismo tiempo la mañana y las mujeres bonitas, porque como su primera diligencia era salir á la calle, y lo es tambien en Madrid la de muchas mujeres, verdaderas divinidades de la aguja que forman una familia aparte entre las hermosas, Cupido le llevaba de la mano y á cada paso le hacia tropezar con una Vénus.

Pero Mariano no descendia los noventa y tantos escalones que separaban á su sotabanco del mundo para emplearse en tan pobres empresas.

Aunque de ellas huia por instinto, cierto dia u e bajaba encontró en la escalera la prueba viviente de que habia hecho muy bien en conservarse para otras mas dignas de su cuidado.

Ya surpondrá el lector que esta prueba viviente no era ni mas ni menos que una mujer.

Pero no una mujer como tantas otras, sino tan encantadora como la primavera misma.

Al menos así se lo pareció á Mariano, y como por mucho que se empeñen los preceptistas la belleza no pasará nunca de ser una cuestion de apreciacion, puesto que à Mariano le pareció bella la mujer con quien la casualidad le habia hecho encontrarse, debemos creerle bajo su palabra.

Mariano se detuvo en la meseta para que pasase la jóven.

La escalera era tan estrecha, que no permitia el paso á dos personas.

La jóven pasó por su lado tan cerca, tan cerca, que Mariano pudo respirar el dulcísimo aroma de su aliento, y aun hubo mas. Los flecos del manton de aquella mujer se enredaron en un boton de la levita de Mariano.

— ¡ Ah, caballero ! esclamó la desconocida con voz tan dulce como era suave su aliento ; no ande usted, por Dios, que se me ha enredado el fleco.....

— ¿ Qué he de andar, señora ? Antes bendigo mi suerte, pues me liga con tan venturosas cadenas.

— Ayúdeme V.

— Siempre he sido tan torpe...

— No hay nada mas fácil.

— Es que temo que su mano de V. roce la mia.

— ¿ Porqué ?

— Porque si hasta ahora he podido resistir al

fuego con que abrasan esos ojos divinos, no me comprometo á tanto si...

— Vamos, ayúdeme V.

— Cuando digo que soy muy torpe... ¿Cómo quiere V. que no se pierda el boton, y aun mas que el boton, esa mano tan pequeña y tan linda, entre estas que son tan poco delicadas?

— Pues es la ocasion á propósito para galanterías.

— Mire V., esto debe ser providencial. Sin duda quiere el cielo vernos unidos, y nos muestra con esta alegoría su voluntad poderosa.

— Nada, no sale.

— ¿Qué ha de salir, señora? ¿Qué ha de salir? Como no saldrá tampoco mi corazon: V. enreda las almas con tanta fuerza como los botones.

— ¡Gracias á Dios!

La jóven, no muy satisfecha de las indiscre-

ciones de Mariano, habia apelado á un recurso heróico.

Tiró del manton á riesgo de perder una buena parte del fleco, y sin reparar en el daño, probable, tiró con violencia de la campanilla del cuarto principal.

Antes de que Mariano pudiese darse cuenta del desenlace de aquella aventura, habia desaparecido la señora.

— ¡Mujer heróica! esclamó nuestro héroe; y debe ser casada... Sí... cuando viene sola... Y me ha desgarrado la levita... No hay duda de que me debe una indemnizacion, y como no es cosa de pedirle una levita nueva, tendrá que pagarme con cariño... ¿Quién será?... ¿Si vivirá en esta casa? Vamos á interrogar á la portera que lo sabe todo.

— ¡Señora Feliciana, señora Feliciana! gritó Mariano acercándose á la puerta del chiribitil que ocupaba la cancerbera

— ¿Quién grita por ahí? preguntó la vieja desde el fondo de su guarida, que mas que habitacion de persona humana parecia aquel estrecho y oscuro recinto una madriguera de conejos.

— Soy yo... ¿no me conoce V?

— No tengo el gusto...

— El vecino del sotabanco.

— ¡Ah! ¿el tronera?

— ¡Cómo¡ ¿aun no hace quince dias que vivo aquí, y ya me conoce V.?

— Pues qué ¿no le estoy viendo á V. subir y bajar treinta veces al dia?

— Gracias á eso, se me viene la fortuna á las manos.

— Mal se conoce; todavía no sé cómo gasta usted las monedas.

— Alegremente.

— No digo eso.

— Ya la comprendo á V., pero, amiga, ya sabe

usted cómo se pescan las truchas. Acérquese usted un poquito á la puerta que tengo que hacerle una pregunta.

— Vamos á ver qué es lo que quiere V., calavera, dijo la señora Feliciana accediendo á los ruegos de Mariano.

— ¿Ha visto V. pasar hace poco á una señora?

— ¿La del principal?

— Precisamente; en el principal se ha quedado.

— Sí, señor; ¿porqué lo preguntaba V?

— Porque queria saber si habitaba en la casa.

— Es V. muy curioso.... ¿Y luego dicen que los porteros?...

— No crea V. que es curiosidad; es que me debe una reparacion.

— Vaya, vaya... ¡deberle á V. una señora tan rica!

— ¿Conque es rica?

— Ya lo creo; como que su marido tiene mas oro que pesa.

— ¿Conque tiene marido?

— Un poco avaro, eso sí; no me da mas que 20 reales al mes y parece que le cuesta soltarlos. Pero tiene un genio...

— Malo, ¿éh?

— Endemoniado. Figúrese V. que tenia un escribiente, y que solo porque le vió un dia mirar á su mujer le aplastó de un puñetazo.

— Que V. lo pase bien, dijo Mariano.

Y apretando á correr, mientras que la señora Feliciana le llenaba de improperios porque la habia hecho hablar ante la esperanza de una propina y se marchaba sin dársela.

— Esto merece pensarse sériamente, se dijo; la mujer es muy guapa, pero el marido es muy incivil. Es imposible esta aventura sin una operacion

aritmética : hay que restar al marido... Pero ¿quién se para en pelillos?

Y se fué al obrador.

Dios te preserve, lector, de cualquier enemigo, por pequeño que sea.

La señora Feliciana juró que se las pagaria el vecino del sotabanco y aprovechó la primera ocasion para empezar á satisfacer su rencor.

El vecino del principal salió poco despues de la escena que han presenciado mis lectores para ir á sus negocios.

— D. Timoteo, D. Timoteo, le dijo la señora Feliciana.

— ¿Que quiere V.?

— Tengo que hablar á V. en secreto.

— ¿V. á mí?

— Sí, señor; yo tengo ley al pan que como.

— ¿Y á mí qué me cuenta V.?

— Que hay moros en la costa.

— ¿Cómo? ¿qué? dijo D Timoteo escamándose.

— Nada ; si V. no quiere que le diga lo que pasa...

— Pero ¿qué pasa, mujer de Dios?

— Que hay un jóven audaz que ha fijado los ojos en su esposa de V.

— ¿En mi esposa? ¡Imposible! ¿Cómo se llama ese bandido?

— Es el vecino del sotabanco.

— ¿Ese tronera que sube todas las noches tarareando *La Traviatta*?

— Yo no sé lo que tararea, pero sí que es el mismo.

— ¿Está en su habitacion?

— No, señor; ha salido.

— ¿A qué hora vuelve?

— A las doce ó la una de la noche.

— En ese caso, voy á salir ahora, pero ya le ajustaré las cuentas.

Y desde aquel momento resolvió D. Timoteo no dormir sin habérselas con Mariano.

CAPITULO V

Una manana de abril.

Sin duda D. Timoteo reflexionó, ó no era por lo visto tan fiero como le habia pintado la portera.

Digo esto porque se contentó con enviar una carta anónima al alocado inquilino del sotabanco diciéndole entre otras cosas:

« Mire V. que se saben sus intenciones, que el marido es feroz y si le coge á V. por su cuenta le rompe una costilla. »

Mariano se habia olvidado ya del encuentro que habia tenido al salir por la mañana, y al leer aquellos renglones :

— Esto sí que es chistoso, se dijo ; la mejor respuesta que puedo dar á este papel es pedir una levita nueva al marido de la señora del piso principal... Y sin embargo, es una de las mas hermosas mujeres que he visto en mi vida.

Hay que advertir que para Mariano la mujer mas hermosa era la última que veia.

— Aquella mano suave y delicada con que procuraba quitar el fleco de su pañuelo de mi boton, continuó diciéndose, aquel acento melodioso con que se expresaba, aquellos movimientos para huir de mí, aquella gracia, aquel campanillazo tan fuerte que tiró como diciendo : « ¡ favor, que corro peligro !... » Es lástima que esté casada ; francamente : las mujeres bonitas no debian casarse.

Bajo la impresion de esta última idea se quedó dormido.

Pero como su imaginacion era tan inquieta, se despertó al amanecer.

Lo primero que hizo fué abrir la ventana y asomarse á ella.

Era una hermosa mañana del mes de abril; una de esas mañanas en que el perfume de las lilas que brotan en los jardines recuerda el pasado y lo embellecen á nuestros ojos.

— He sido un calavera, se dijo Mariano, fijando una profunda mirada en el cielo; Dios me ha dado un corazon capaz de experimentar los mas generosos sentimientos; comprendo el amor como una ventura suprema, que no está al alcance de los demás mortales; tengo en mí mismo todos los elementos para la felicidad, y, sin embargo, parece que me complazco en desperdiciar el tesoro de emociones que hay en mí, como esos hombres pró-

digos que malgastan el dinero sin hacer bien á nadie. ¡ Cuanto he vivido en pocos años ! ¿ Y porqué no he de amar ? ¿ Porqué no he de querer realizar todos los sueños de mi fantasía ? ¡ Ah ! sí ; la soledad me aburre, sobre todo en este tiempo. Cuando la emocion me ahoga ; cuando necesito expansion ; cuando parece que hay en mi alma mas vida que la necesaria para un solo sér, es cuando echo de menos esos goces purísimos de la familia, que he despreciado, y de los que me he reido tantas veces. Si yo tuviera una mujercita amable, bella, inteligente, hacendosa, que me quisiera mucho ; si Dios hubiera bendecido nuestra union y tuviéramos un hijo, en vez de estar aquí solo, contemplando los primeros rayos del sol y recibiendo las caricias de las auras, nada mas que de las auras, estaria paseando por ahí con mi cara mitad, viendo correr al fruto de mi amor... ¡ Qué felices son los hombres vulgares

Aun no habia terminado esta frase, cuando oyó al lado de su ventana el ruido que hacia la de la habitacion inmediata á la suya.

Poco despues se abrió, apareciendo ante la vista del jóven una hermosa cabeza de mujer y un hermoso hombro, encubierto por una fina chambra de muselina, admirablemente modelado.

Era Isabel, que, como todas las mañanas, apenas se levantaba salia á regar un rosal del jardin de su antiguo mentor, el bondadoso D. Fabian; rosal que conservaba con el mayor cariño, porque era un dulcísimo recuerdo de su infancia y del hombre que la habia servido de padre y habia despertado su corazon al amor.

Fácilmente se comprende el efecto que produciria la jóven en un hombre tan impresionable como Mariano.

Hubo un momento en el que se figuró que su mirada habia descorrido el azulado velo del firma-

mento y habia penetrado en la morada de un ángel.

— Buenos dias, vecina, dijo de pronto el jóven.

Pero Isabel, que creia estar sola, al verse sorprendida se estremeció como la hoja en el árbol á impulso de la brisa, y desapareció con rapidez.

— No ; pues esto no ha de quedar así, dijo Mariano. ¿ Qué vale al lado de esa jóven la señora del piso principal ? No he visto en los dias de mi vida una cara mas expresiva, mas bella. ¿ Cómo no he reparado en esa jóven hasta ahora ? ¿ Cómo no he adivinado su existencia ?

Dominado por la impresion que habia producido en su alma Isabel, trascurrieron para Mariano muchas horas sin que se apercibiera de que vivia.

— Yo necesito volver á verla, dijo. No iré hoy al obrador, estaré todo el dia á la puerta de su casa para ver si sale ; si no sale, mañana la esperaré á la misma hora en la ventana, y si temerosa de en-

contrarme, se ocultase por completo á mis ojos, seria capaz hasta de visitarla.

Sus pesquisas fueron inútiles.

Aquel dia solo se abrió la puerta del cuarto de Isabel para dar paso á la portera, que, como de ordinario, llevaba á madre é hija los víveres necesarios para su manutencion.

Mariano abrió la puerta de su cuarto en el momento en que salia del de su vecina la señora Feliciana, y cogiéndola de la mano como en las tragedias :

— Entre V. aquí, señora, la dijo.

Y llevándola á su habitacion cerró la puerta, y los dos quedaron solos.

La pobre portera creyó que el jóven habia sabido la revelacion que habia hecho á D. Timoteo, y toda temblorosa :

— ¿ Qué va V. á hacer conmigo ? le dijo ; ¡ esto

es un atropello !... ¡ una iniquidad !... yo no le he dicho nada... él ha sido quien lo ha adivinado.

— ¿ Qué está V. hablando, buena mujer ?

— Me quejaré á la justicia.

— ¿ Va V. á quejarse á la justicia porque quiero ofrecerle una moneda en pago de un servicio ?

— ¿Una moneda ?

— Sí, mírela V. : veinte realazos.

— Eso ya es otra cosa. ¿ En qué puedo servir á usted ?

— ¿ Quién vive en el cuarto de que acaba V. de salir ?

— ¿ Quién ha de vivir ? doña Soledad.

— Y, ¿ quién es doña Soledad ?

— La inquilina del sotabanco.

— Una jóven...

— Sí, jóven con un pié en la sepultura.

— ¿ Qué dice V. ? ¿ Está enferma ?

— No, hombre de Dios, quiero decir que se acuerda como yo de *la guerra de las naranjas.*

— Entonces no es por esa por quien yo le pregunto á V.

— Ya. Será por Isabel, su hija.

— ! Isabel ! ¿ ha dicho V. que se llama Isabel ? Precioso nombre... me lo habia figurado.

— Sí, pero no crea V. que es una muchacha coqueta como casi todas : es un modelo de virtud.

— Hágame V. el favor de no hacer su elogio; perderia mucho pintada por V.

— Entonces, me voy.

— No por cierto; antes va V. á decirme todo cuanto sepa acerca de esa jóven.

— Yo sé muy poco, porque no me entrometo en las cosas de la vecindad.

— ¿ Tiene padre ?

— No, señor ; su madre es viuda.

— ¿ No será rica ?

— Doña Soledad cobra una pension todos los meses, y no les falta lo necesario para vivir.

— ¿ Supongo que esa jóven no será casada ?

— Y supone V. bien.

— ¿ Tiene novio ?

— ¡ Qué cosas dice V.!... ¿ No ve V. que no sale nunca á la calle ?

— ¿ Es decir que está libre ?

— Creo que sí.

— ¿ Y en qué se ocupa ?

— Hace preciosas labores para algunos comercios de Madrid.

— Corriente ; ahora déjeme V. en paz.

— ¡ Qué genio tan vivo !

La portera dió dos pasos para marcharse. Pero volviéndose de pronto :

— Se me olvidaba : guárdese V. muy bien de saludar á la señora del cuarto principal.

— ¿ Por qué razon ?

— Su marido se ha enterado de que ha puesto V. los ojos en ella.

— Sí, ya lo sé ; me anuncia que me va á romper una costilla ; pero yo ya no quiero ocúparme de la suya.

— Váyase V. con Dios, señora Feliciana, deseo quedarme solo.

Apenas se alejó la portera :

— Hé aquí, se dijo el jóven, la ocasion de hacer mi felicidad. Mi vecina es bella, buena, tienc todas las condiciones que constituyen á la mujer tal como la comprende mi corazon. Esta mañama, cuando soñaba en mi felicidad, ignoraba que la tenia á mi lado. ¡ Oh! ahora no la dejaré escapar ; haré cuantos sacrificios son imaginables para conseguirla.

Y acto continuo se puso á escribir una carta, pero no una de esas cartas que empiezan con la consabida frase :

Señorita, la he visto á V., y á su mirada, etc.

Nada de eso.

Mariano era original en todo.

« Esta mañana, escribió, estaba yo soñando en mi felicidad, cuando se apareció V. á mis ojos.

» Desde entonces la amo á V. con toda mi alma.

» ¿ Quiere V. que pida su mano á su madre ? »

Apenas hubo escrito estas líneas abrió la ventana y aguardó hasta la noche para ver si la veia y podia entregársela.

Su esperanza fué inútil.

Pero al retirarse arrojó la carta sobre el rosal que con tanto cariño cultivaba Isabel.

A la mañana siguiente al asomarse la jóven á regarle, lo primero que vió, no sin sorpresa, fué aquella carta.

Mariano inventó un medio de saber si su vecina cogia la carta sin que le viera.

Colocó un espejo de manera que copiase la cabeza, ó por lo menos la mano de la jóven si la sa-

caba para regar el rosal, de tal modo que pudiera él verla sin que ella le viese á él.

Así que su alegría fué inmensa al notar que la jóven despues de vacilar un instante cogió la carta y cerró la ventana.

— ¡ Oh ! ¡ dicha ! esclamó ; en este instante está leyendo mi confesion : va á decidirse mi felicidad.

Y de idea en idea, de esperanza en esperanza llegó al mas dulce éxtasis.

Un golpe dado á la puerta de su habitacion quince ó veinte minutos despues, le sacó de su arrobamiento.

Era la portera.

— ¿ Qué se le ofrece á V. ? señora Feliciana.

La vecina de al lado, dijo la vieja, ha salido con su madre, y al bajar me ha dejado esta carta para V.

— ¡ Su respuesta ! ¡ Oh ! ¡ ventura ! dijo Mariano.

Y cogiendo la carta la besó con efusion.

— Señora Feliciana, gritó, déme V. un abrazo; es V. portadora de mi dicha.

Pero acto contínuo cambió de aspecto su fisonomía.

— ¿ Qué veo ? ¡ Es mi carta ! ¡ No la ha abierto siquiera ! — Váyase V., señora Feliciana, dijo mirándola enfurecido mientras que la pobre mujer se escapaba tomerosa de habérselas con un loco, — ¡ me ha herido V. de muerte !

Y comenzó á dar grandes paseos por la habitacion, buscando un medio de resucitar sus muertas esperanzas.

De pronto se detuvo.

— ¡ Oh !yo le juro que me amará, esclamó.

Y se puso á escribirle una larga carta, prometiéndose hacer otro tanto todos los dias, hasta obtener la respuesta que deseaba.

CAPITULO VI.

Gutta cavat lapidem.

¿Qué le decia en aquellas cartas ?

Apuesto cualquier cosa á que mis lectores creen adivinar lo que le decia.

— Naturalmente.

— Me parece que se equivocan Vds.

— La diria que era bella, que la amaba, que sin ella no habia felicidad posible para él, que se le aparecia en sueños...

— Siento decir á Vds. que no adivinan el contenido de sus epístolas.

Mariano comprendió desde luego que Isabel no era una mujer vulgar; que para llamar su atencion debia excluir todos los recursos gastados; que solo la estrategia mas original podria ayudarle en su empresa, y en su primera carta escribió lo que sigue:

« Señorita: he sido un torpe y merezco el castigo que V. me ha dado.

» Pero V. no es rencorosa y me perdona.

» Oigame V. cinco minutos, y si V. quiere continuaré contándole mis cuitas.

» Estoy solo en el mundo, lo que quiere decir que soy un personaje interesante de la novela de la vida.

» Tengo ilusiones y desengaños, esperanzas dulcísimas y tristes realidades, y lo que es mas, no tengo con quien hablar, ni una madre, ni una hermana, ni un amigo...

» Pero mi vida es tan original, mi historia tan

extraña, que frecuentemente... A propósito, usted debe ser afiicionada á las novelas; figúrese V. que mis cartas son páginas de un libro; léame usted hasta el final, y verá V. cómo merezco su atencion.

» Somos vecinos, ¿porqué no hemos de ser amigos?

» El amor es una vulgaridad... ¡todos aman!

» La amistad es otra cosa.

» Busque V. dos amigos verdaderos, y para hallarlos es necesario hacer una excursion á la mitología.

» ¡Seamos amigos y nada mas!

» ¡Oh! yo le ofrezco á V. no pasar adelante aun cuando V. se empeñe. »

Terminada la carta se puso en acecho, y aprovechó un momento en que salió doña Soledad para llamar á la puerta de su vecina.

Isabel se asomó por el vantanillo.

— ¿Quién es? preguntó.

— Perdone V., vecina, deseo hablar á V. dos palabras.

— No le conozco á V., caballero, añadió Isabel.

— Para que me conozca V. es para lo que la molesto. Esta mañana ha hallado V. una carta mia en su rosal, se ha figurado V. que era una declaracion amorosa, y con justa razon me la ha devuelto V. sin abrirla.

— Yo no recibo mas cartas que las que se dirigen á mi madre.

— Virtud sublime que yo admiro; pero como mi carta no necesita ese *visto-bueno*, como se trata en ella pura y simplemente de proponer á V. una obra de caridad, me tomo de nuevo la libertad de introducirla par debajo de la puerta, para que tenga V. la bondad de leerla.

— Es inútil.

— Verá V. cómo no... Léala V. por lo que mas estime en el mundo, y si accede V. á lo que en ella le suplico, bastará con que mañana ó cualquier otro dia me mire V. al salir á la ventana á regar el rosal.

Mariano no pudo percibir las palabras que pronunció Isabel, porque oyó ruido en la escalera y se volvió á su cuarto.

La jóven vaciló algunos momentos, pero al fin venció la curiosidad y leyó la carta.

Mariano no se habia equivocado.

Si la epístola hubiera empezado como todas las que se dirigen á confiar á una mujer el atrevido pensamiento de un hombre, dado su carácter, la hubiera hecho pedazos.

Pero aquella novedad en el fondo y en la forma excitó su curiosidad.

Despues de leer la carta dos ó tres veces :

— Pobrecillo, esclamó, ¡ vive solo en el mundo !

Cuando una mujer se compadece de un hombre, siendo jóvenes ambos, se entiende, puede decirse que el triunfo del segundo está próximo.

— Y ¿porqué no hemos de ser amigos? pensó Isabel. Al menos no es un jóven vulgar, sabe expresarse, y sobre todo, me ha perdonado el desaíre que le he hecho.

Aquel dia tuvo doña Soledad que volver á salir.

— Diga V. á la señora Feliciana que suba un rato á acompañarme.

— Pues qué ¿ tienes miedo de quedarte sola?

— No... pero... es tan buena la portera... Me ha pedido que le corte un cuerpo de vestido, y esta ocasion me parece la mas oportuna para complacerla.

— Tienes razon.

— ¿Le encargarás que suba?

— En cuanto baje.

Isabel era poco expansiva.

En vez de parecerse á esas jóvenes que acarician á todas horas á sus madres, solo en las situaciones solemnes estrechaba la mano de la autora de sus dias ó besaba su frente.

En aquel momento abrazó á su madre.

Doña Soledad salió, y poco despues subió la señora Feliciana.

Isabel recibió con la mayor amabilidad á la portera.

Despues de discutir largamente el corte del vestido :

— ¿Entregó V. mi carta al vecino? preguntó la jóven.

— Sí, señora, y por cierto que me abrazó.

— ¿La abrazó á V.?

— Es un loco de atar.

— ¿Pero no se ofendió?

— No se lo digo á V.; apenas le dije : «la vecina de al lado me ha entregado esta carta para V., »

comenzó á dar saltos de alegría, me abrazó y le faltó muy poco para llevarme en triunfo; pero poco despues, es decir, cuando leyó el sobre, cambió de aspecto, se puso furioso y me echó con cajas destempladas.

— El caso no era para menos.

— Yo se lo tengo pronosticado, ese muchacho va á terminar sus dias en Leganés. Se vuelve loco cuando menos lo piense.

— ¿Hace mucho tiempo que vive en la casa?

— No llega á medio mes.

— ¿Creo que no tiene familia?

— No por cierto, vive solito como un hongo.

— ¿Y en qué se ocupa?

— Es platero.

— ¿Platero?

— ¡Vaya! un sobrino mio que le conoce, dice que tiene unas manos de oro para trabajar. Gana muy buen jornal cuando trabaja, pero como es tan

desarreglado, de los seis dias de la semana, solo trabaja dos ó tres.

— ¿Segun eso es un calavera?

— Le diré á V... ¡es mas bien un fuguillas!... Yo que tengo ya experiencia del mundo, creo que ha de tener buen fondo. Sin ir mas lejos, el otro dia al salir estaban peleándose dos chicos en la calle, el de la tabernera, que es un granuja de siete años y el del prendero, que ya es un zagalon de diez y ocho, pero como ha estado dos ó tres años encanijao, parece mas pequeño de lo que es, ya los conoce V.

— Sí, pero ¿qué pasó?

— ¿Qué habia de pasar? que estaban jugando á las aleluyas en el portal, y el chico de la prendera hizo trampa. El otro se atufó, le llamó pillo, se fueron á las manos, y el zagalon cayó encima del hijo de la tabernera. En esto salió el vecino, los vió, y dando dos cachetes al mayor, salvó al pe-

queño de su furia, y lo mejor fué que la madre del grande:

— « Déle V. firme, que lo merece, dijo. »

— Por supuesto, añadió la señora Feliciana, que si quisiera estaria contándole á V. hasta mañana cosas buenas del vecino.

— ¿Y porqué no me las cuenta V. ? preguntó la jóven con angelical candidez.

— Porque hago falta abajo.

Isabel se pasó el resto del dia pensando en Mariano.

En honor de la verdad hay que decir, que Isabel, aunque de carácter reservado, sentia en el fondo de su alma un vago deseo de vivir mas de lo que vivia.

El amor es una estacion de la vida, ó mejor dicho dos.

La primavera y el verano, la flor y el fruto.

El otoño, es el desengaño, la viudez.

El invierno ¡la muerte!

Isabel amaba, pero amaba un ideal.

En el momento en que aquella vaga imágen que flotaba en sus sueños tomase cuerpo; en el momento en que se le apareciese bajo la forma de un hombre que correspondiese al bellísimo tipo que su imaginacion habia creado, le amaria, y le amaria con delirio, con esa vehemencia del sentimiento largo tiempo comprimido, que se desborda como el torrente, y vivifica cuanto encuentra á su paso.

Al siguiente dia se asomó muy temprano á la ventana.

Mariano estaba en la suya.

Isabel no supo qué hacer.

Aquel dia cuidó con mas esmero que nunca su rosal, ó lo que es lo mismo. estuvo asomada á la ventana mas tiempo que de costumbre, pero no se atrevió á mirarle.

Al retirarse Isabel, quedó Mariano sumido en la mayor tristeza.

— No tiene corazon, se dijo... yo me vengaré...

Salió á la calle, pero en vez de dirigirse al obrador, se fué al Retiro.

Necesitaba aire, horizontes risueños, porque estaba muy triste.

¡Lo que es el corazon humano!

No halló en la calle una sola modista á quien no persiguese, á quien no requebrase.

Pero cuando desaparecian de su vista las que eran objeto de sus galanterias:

— Y sin embargo, exclamaba, no puedo olvidar á Isabel.

Al volver á su casa se encerró, y pasó gran parte de la noche dibujando el retrato de la jóven.

¡Con qué ansiedad aguardó la mañana siguiente!

Sin duda presentia su alma lo que iba á suceder.

Isabel se asomó á la hora de costumbre.

En sus ojos se conocia que habia dormido poco; pero habia tomado una resolucion.

Apenas regó las flores, fijó sus expresivos ojos en Mariano.

— Gracias, Isabel, gracias, dijo este.

Y se puso á escribir la segunda carta.

. . . .

Un mes despues se amaban con delirio los *dos amigos*.

CAPITULO VII

El cuarto de hora.

Isabel se habia dicho muchas veces :

— Yo no amaré mas que una vez en el mundo.

Y por esta razon, aunque sus ojos habian leido en otros muchos los sentimientos que inspiraba su belleza, se habia guardado muy bien de traducir aquellas miradas.

Mejor dicho, habia entrado en la liza del amor, pero con todas las armas y dispuesta á luchar para vencer.

Que habia soñado, era inútil decirlo : era jóven, y la juventud es un sueño.

Hasta entonces, á pesar de lo poco que trataba á las gentes, los ecos de la vida que llegaban hasta sus oidos, las conversaciones que escuchaba sin cesar, los sentimientos nada generósos que veia en torno suyo, por mas que contuvieran el desarrollo de la fé en su alma, no habian muerto en ella la esperanza.

Creia en Dios, pero no en los hombres.

La sociedad, aunque solo la miraba desde la altura de su sotabanco, no le parecia nada agradable; y si al llegar la primavera le deleitaba verla representada en el sereno cielo, en los gorjeos de las aves, en los rayos del sol que llegaban hasta su lecho á despertarla mas temprano que nunca, lo que es la sociedad, el trato, le inspirabrn miedo, y eso que no los conocia á fondo.

El bueno de D. Fabian habia inspirado á su alma los mas nobles sentimientos.

La virtud era para Isabel un goce, gracias á la bellísima forma con que el anciano sacerdote la habia presentado á sus ojos.

Pero desde el momento en que faltó á su alma aquel mentor, aquel cariñoso amigo que se complacia en presentar á sus ojos todas las bellezas de la religion, todos los encantos de las virtudes, su madre, que á pesar de lo mucho que la queria, era, aunque buena, una mujer vulgar, habia dejado algo abandonada aquella flor, y el mundo se habia encargado de ir poco á poco arrebatándole las hojas, ó, como diria un poeta, las ilusiones.

Por muy retirado que viva uno, siempre tiene que tratar con àlguien : ya sea el vecino ó el amigo antiguo, ya la portera ó el aguador, nunca falta alguna de estas personas que nos recuerde que vivimos en el mundo.

— ¿No ha oido V. los gritos que daba anoche la señora del cuarto principal? dijo un dia la señora Feliciana á Isabel.

— No por cierto.

— ¡Pues poco alborotaron!

— Seria muy tarde y estaria yo dormida.

— ¡Cá! no, señora; ¡si eran las ocho y media!... ¡Pues poquito que se ha hablado en la casa del suceso!

Natural era preguntar, aunque solo fuera por cortesía:

— Y ¿qué pasó?

Esta pregunta basta para que una portera esté hablando una hora.

— ¿Qué habia de pasar? La señora del principal es hija de un marqués. Su padre estaba pobre; la casó con un agente de bolsa; el agente se metió en malos negocios y perdió toda su fortuna; la señora no queria perdonar ni el teatro, ni los bailes, ni los

paseos, ni los trajes de terciopelo, y el marido se entrampaba hasta que dijo: « Ya no puedo mas... » Y la paz se alteró en la casa. Anoche, precisamente, se empeñó la señora en ir al teatro, él estaba de mal humor, dijo que no, ella le echó en cara la mala vida que la daba, él á su vez le dijo que la habia sacado de la miseria, ella añadió que era noble y que él era un pelafustan, y se armó tal bolina, que el marido, cansado ya, tiró una silla á la cabeza de la mujer; la mujer comenzó á dar gritos, dijo que la mataban; los vecinos acudieron en su socorro, vino la guardia y se armó una de *pópulo bárbaro*.

Nada mas natural que esto.

Todos los dias nos cuentan estas ú otras cosas parecidas.

Que nos las cuenten á los que mas ó menos sabemos algo ya de los achaques del mundo; á los que despues de haber vivido y haber luchado, no

juzgamos las cosas por la impresion del momento, y seguimos creyendo en la virtud sin olvidarnos de que existe el vicio en presencia de la virtud, nada tiene de extraño.

Pero contar escenas de esta clase, referir historias de esta naturaleza á una jóven de quince ó veinte años, vírgen inmaculada, todo poesía, todo amor, todo pureza, descorrer el velo de una manera tan brutal ante los ojos de una niña inocente, es un verdadero crímen.

Pero se comete todos los dias, y que yo sepa no está previsto ni castigado en el código penal.

¡Sin embargo, produce tanto daño!...

Figuraos que experimentais un dolor cualquiera y que ávidos de hallar alivio, buscais un libro de medicina y lo abrís precisamente por la página que se ocupa de aquella enfermedad.

La descripcion de los síntomas os parece exactísima; mas aun, creeis tener aquellos mismos sín-

tomas, y horrorizados ante aquella noticia, cerrais el libro y caeis en la mayor desesperacion.

El mismo efecto produce en un alma completamente vírgen de las desdichas de la vida la narracion de esas mil escenas vulgares y terribles que á cada paso aumentan la tragedia humana.

Repito, pues, que á pesar de lo retirada que vivia Isabel, tenia ocasion de oir á cada instante algo de lo mucho que pasaba en torno suyo.

Decid á un pájaro que en el momento de tender el vuelo va á caer en un lazo, y recogerá sus alas.

Decid á una jóven, cuando las ilusiones coronan su sien, cuando sus horizontes son de color de rosa, cuando la felicidad le sonrie, que hay dolor, y se detendrá amedrentada y formará un carácter reservado.

Esto habia pasado á Isabel en su trato con las personas que la rodeaban.

Pero, como ya he dicho antes, el torrente oprimido tenia que desbordarse.

El amor que encerraba en su seno, que no dejaba traslucirse en sus ojos, que no brillaba tan siquiera en la sonrisa de la juventud ni en la esperanza de felicidad que habia atesorado, romperia un dia aquel dique, aquellas cadenas que la fria experiencia le habia puesto, para llenar toda su vida.

Este momento habia llegado.

Mariano no solo tenia á sus ojos las prendas personales necesarias para agrádar á una mujer que poesia el sentimiento de lo bello.

Aquel carácter atolondrado, aquella mezcla de ligereza en la forma y de generosidad de sentimiento en el fondo, aquella originalidad con que se presentaba á sus ojos, la cautivaban por completo.

Mariano le habia dicho :

— Seamos amigos, nada mas que amigos, yo me opondré á que pasemos adelante.

Y esta frase, hija sola de la pluma, no del corazon del artífice platero, era una pesadilla para Isabel.

Despues de haberse atrevido á mirarle, con lo cual le indicaba que la lectura de sus cartas le agradaba, despues de haberle dado la respuesta que deseaba, sintió que la primera epístola no hubiera sido vulgar.

— Ha buscado el camino mas largo, se decia.

Y, vean Vds. lo que es el mundo : Mariano, que al ver á Isabel habia experimentado una emocion dulcísima, que habia sentido hácia ella un vivo afecto, y deseaba por instantes su confianza, su cariño, su amor, al entrar en correspondencia con ella de una manera tan original, vió en aquellas cartas que escribia un entretenimiento, un juguete, y como todo en él era imaginacion, se com-

placia en llenar las cuartillas de papel con confianzas amistosas, pero muy pintorescas, muy raras.

No experimentaba una sola impresion que no la refiriese á su amiga.

Y como siempre iba en busca de lo desconocido, como no tenian parecido con nada las escenas que le pasaban, sus cartas eran mas que cartas las páginas de una novela, en las que siempre quedaba con el mayor interés el lector.

No quiere decir esto que fuera una novela interesantísima.

Pero como Isabel esperaba el desenlace, y creia que este desenlace seria al fin y al cabo una declaracion amorosa, el *se continuará* la desesperaba.

No contentos con escribirse, hablaban por las mañanas de ventana á ventana, y su amistad cre-

cia tanto, que al fin y al cabo llegaron hasta á hablarse por el ventanillo.

Isabel siempre esperaba la declaracion de Mariano.

Mariano, por su parte, llegó á comprender el cariño de la jóven, y como era , así como Dios le habia hecho, halló un placer en mortificarla con su silencio.

Y sin embargo, á pesar suyo, las cartas, que eran su alma, dejaban adivinar á la jóven que inspiraba á Mariano un amor inmenso, un amor sin fin.

« ¿Qué es la vida, decia, sin otro sér con quien compartir nuestras alegrías y nuestros dolores? ¿qué es el sonido sin eco? qué son los ojos sin luz? ¿qué la esperanza sin fé?

» Yo no sé lo que es amar, pero yo me figuro que amar es la suprema felicidad, vivir á medias con otra alma, darle impresiones, recibirlas, soñar

juntos, ver en un mismo objeto lo que no ven los demás, en una palabra, confundir dos vidas en una.

» Muchas veces, añadia, estoy tentado de decir á V.:

— » ¿Quiere V. que dejemos de ser amigos para ser amantes? Probemos á realizar esos sueños que me ofrecen tan dulces horas de éxtasis.

» Pero en seguida me acuerdo de la prosa, de que á las ocho y media tengo que ir á mi obrador, de que las casas cuestan un tanto al mes, en fin, de todas esas menudencias viles, porque se sostienen con el vil metal.

» Nada, nada, amigos hasta la muerte, pero nada mas que amigos. »

Esto desesperaba á Isabel.

En cambio Mariano gozaba infinito pensando el efecto que producirian sus cartas en la jóven.

Llegó el verano con sus hermosas y serenas no-

ches, y mientras doña Soledad se dormia, Mariano é Isabel asomados cada cual á la ventana, se pasaban hasta las dos y las tres de la mañana hablando como amantes, pero tratándose como amigos.

Al fin y al cabo sucedió lo que debia suceder.

Una noche se entusiasmó demasiado el artista, y pronunció la terrible frase, el « yo te amo, » de todas las novelas y comedias.

Isabel, que verdaderamente le amaba, pronunció el dulce « sí. »

Desde aquel momento se creyeron los dos jóvesenes los séres mas dichosos de la tierra.

Mariano cambió por completo de vida.

Iba con asiduidad al obrador, trabajaba mas quo de ordinario, era económico, arreglade, juicioso.

Con decir que la señora Feliciana no salia de su asombro, y que no encontraba una sola persona

á quien no refiriese la trasformacion que se habia operado de su inquilino, está dicho todo.

Isabel, como buena hija, habló á su madre, y esta dió permiso á Mariano para que las visitase y para que las acompañase á paseo.

¿Qué mas podian desear?

Ningun obstáculo se oponia á su dicha.

Y doña Soledad, que comprendia cuánto amaba el jóven á Isabel, gozaba recordando el secreto que habia ocultado, y que como suponen mis lectores, era la base de la felicidad positiva de aquellos dos amantes.

¿Para qué he de referir lo que pasó durante aquel tiempo?

Los dos se veian, se hablaban, y lo que es mas, se escribian, á pesar de vivir tan cerca y de hablarse á menudo.

Los dos soñaban juntos, y hasta habian pronunciado la palabra matrimonio.

Isabel se entregó por completo á aquel amor, y olvidó la fria experiencia que la conversacion de muchas personas oficiosas habia dado á su alma.

El mundo le parecia un paraiso.

Pasó el verano, pasó el otoño, y comenzó el invierno.

Con el invierno vino el carnaval, la broma.

Vamos á ver lo que pasó.

CAPITULO VIII

Un cuarto de conversion.

— ¡ Mariano, Mariano ! gritaron dos jóvenes que salian de la calle de la Montera, al ver á nuestro héroe en la Puerta del Sol.

— ¿ Sois vosotros ?

— Sí, chico.

— ¡ Cuánto tiempo hace que no nos vemos !

— Lo menos cuatro meses.

— Estás mas flaco que antes.

— La mala vida.

— Os equivocais de medio á medio. Puede que

esté flaco, pero si lo estoy no es efecto de la mala vida, al contrario; soy un santo.

— ¿Tú?...

— Lo que oís.

— Cuéntaselo á quien no te conozca.

— Vosotros que hablais tanto no me conoceis.

— Pues si eras el mas loco del obrador.

— Los calaveras sois vosotros, que abandonásteis el trabajo para vivir alegremente, porque os cayeron á la lotería cuatro ó cinco mil reales.

— Que ya hemos devorado.

— Pues habeis de saber que yo continúo yendo al obrador y trabajando con asiduidad.

— ¿Lo que quiere decir, que te has convertido?

— Quiere decir que estoy enamorado.

— ¿Tú?

— Sí, yo, sí.

— ¡Já, já!

— El diablo harto de carne se metió á fraile.

— Tomadlo á broma si quereis, pero antes de dos meses seré marido.

— Hombre, no hagas esa locura.

— Eso es suicidarse.

— Será lo que gusteis, pero me caso.

— Mira, dijo uno de ellos, tenemos media onza, último resto de nuestra pasada fortuna, y hemos pensado divertirnos. Donde comen dos comen tres. ¿A dónde vas?

— Al obrador.

— Pues haz novillos esta tarde.

— Es imposible.

— ¿Cómo imposible? ¿Te negarás á complacer á dos antiguos camaradas?

— El maestro me espera.

— Que se pase sin tí. En todo caso quien sufrirá será algun parroquiano.

— Nada, nada, no voy.

— Si no quieres de grado será por fuerza.

Y al decir esto, se apoderaron cada uno de un brazo de Mariano y comenzaron á arrastrarle.

— Ya que me lo pedís con tanta amabilidad, dijo el jóven, os complaceré. ¿Y á dónde vamos?

— Si hubiéramos ido los dos solos, al *Armiño;* allí se come bien por cuatro duros. Pero somos tres, y nos contentaremos con *Perona.*

— Y para indemnizarnos beberemos una botella de Champagne á tu salud.

— Y á la de tu futura.

— Pues en marcha, dijo Mariano, dejándose dominar por sus amigos.

Y diez ó doce minutos despues se hallaban en uno de los cuartos de la casi tradicional fonda que aun se conserva en lo que hoy es calle de Cádiz y antes era calle de Majaderitos.

Durante la comida, hablaron los tres amigos de sus antiguas calaveradas, y ponderaron á Mariano

lo animados que estaban aquel año los bailes de Capellanes.

— Debes ir, le dijeron.

— ¿Yo?

— Sí, hombre. Nada tiene de extraño : van los casados, conque que vayan los futuros...

— Sí; pero los futuros que van son imperfectos.

— Pues nada, nada, chico, es necesario que te animes. Si ahora que somos jóvenes no aprovechamos el tiempo, vamos á ser despues lo que se llama viejos verdes, y no te arriendo la ganancia.

— Por otra parte la juventud es para gozar.

— Nosotros vamos esta noche á Capellanes.

— Con dos muchachas encantadoras.

— ¡ La flor y nata de la hermandad del dedal y la aguja !...

— ¡ Con una chispa !...

— Cuando la toman.

— En fin, Mariano, serás un tonto si no nos acompañas, un idiota si te retiras del mundo y un cernícalo si te casas.

— Vaya una rociada de galanterías.

— Todas te las mereces.

— Venga Champagne... gritó Mariano.

— ¡ Bravo ! ya empiezas á animarte, dijeron sus amigos.

— Yo pago el néctar.

— Tanto mejor, con eso guardaremos municiones para el baile de esta noche. ¿ Por supuesto que tú vendrás ?

— Iré.

— Magnífico... diremos á las chicas que lleven á su amiga la romántica.

— ¿ Qué clase de pájaro es ese ?

— Un pájaro de cuenta.

— Una jóven aristócrata, educada en un colegio de los mas distinguidos.

— ¿ Y es modista ?

— Su familia ha venido á menos.

— ¡ Pues ! la historia de siempre.

— Pero es encantadora, y se le ocurren unas cosas...

— Lo oyes, chico, cuando se pone á hablar, es un tesoro de gracia.

— Como que le deja á uno con la boca abierta.

— ¿ Cómo se llama ?

— Laura.

— Pues esta noche, dijo Mariano, ó mas bien el Champagne que funcionaba en él, esta noche conquistaré á esa Laura.

— Ya es tarde, vamos si quieres á esperarlas delante de la puerta del obrador.

— Las tres saldrán juntas.

— ¡ Vamos ! ¡ vamos !

Mariano, que como saben nuestros lectores era el hombre mas impresionable del mundo, se dejó arrastrar por sus camaradas, y aquella noche volvió á ser lo que siempre habia sido, un calavera.

Laura hablaba con tal desenvoltura, con tal gracejo, que hechizaba á cuantos la veian, á cuantos la escuchaban.

Por otra parte, su belleza era una chispa eléctrica : no era posible verla, estrechar su mano, fijar los ojos en los suyos sin experimentar una extraordinaria sensacion.

Habia leido muchas novelas, habia vivido algunos años en la esfera mas elevada de la sociedad, y tenia encantos para fascinar á la imaginacion del amante de Isabel.

Al volver á su casa despues de haber pasado la noche en Capellanes, no era Mariano el mismo.

Despues de dormir algunas horas, al despertar, al acordarse de Laura, al pensar en Isabel, no pudo

menos de entregarse á una lucha desesperada.

Isabel hablaba á su alma, Laura á sus sentidos.

— No volveré á verla, se dijo; esos malditos amigos me han perdido... ¡ Oh ! yo era tan feliz ayer.

Un reloj dió doce campanadas.

— Ayer por la tarde falté á mi obligacion y hoy continúo faltando... despues iré, trabajaré como un leon y recuperaré lo perdido... Pero ahora que me acuerdo, Laura me citó á las tres en su casa. No iré. Esta resolucion es indigna de un caballero... ¿Cómo faltar á una palabra?... sí, iré y me despediré de ella para siempre.

Mariano fué, pero no se despidió.

Laura se enamoró del jóven, le tendió sus redes, empleó todos los recursos de la coquetería para subyugarle, y le dominó.

Mariano continuó faltando al obrador, volvió á la vida desarreglada; y la señora Feliciana con la

mejor buena fé del mundo, dió parte de aquel cambio á Isabel.

— Yo no sé lo que le pasa, pero le pasa algo. Viene tarde de noche, apenas me saluda al entrar y al salir, está muy distraido.

Isabel lo habia notado, pero sentia que se lo dijeran.

Amaba mucho á Mariano y temia perder la fé.

Sin embargo, aquella situacion no podia continuar.

Mariano que no sabia fingir, revelaba la mayor impaciencia, cuando al hallarse al lado de Isabel se acercaba la hora en que debia buscar á Laura.

Como siempre sucede, tiró el diablo de la manta.

¿ Pero cómo tiró ?

Esto merece un capítulo aparte.

CAPITULO IX

El cabo suelto de siempre.

De ser posible la situacion en que se encontraba Mariano, la hubiera prolongado por su gusto.

Dado su carácter, se comprende este deseo.

La monotonía era su mayor enemigo, y le vencia cuando, despues de haber sido con Laura un D. Juan, era con Isabel un Abelardo.

Pero las situaciones violentas duran poco.

Faltando al obrador disminuian sus ganancias; y como al mismo tiempo se aumentaban sus gastos, comenzaban las matemáticas á mortificarle.

Por otra parte, cuando estaba con Laura le parecia adorable la pureza, la angelical hermosura de Isabel.

— Ella es el tipo de la mujer cristiana, se decia; ese tipo sublime de la mujer de su casa, de la madre de familia.

El alma á su lado experimenta una emocion dulcísima, todo lo ve de color de rosa; el órden tiene encantos pensando en ella, y la idea de una casita bien arreglada, de una vida cómoda y económica, constituye su felicidad.

Pero cuando dejaba á Laura para hacer compañía á Isabel y á su madre; cuando respiraba en aquella atmósfera purísima; cuando todo lo que le rodeaba le hacia adivinar el cielo, su imaginacion evocaba el recuerdo de Laura.

— Sus ojos rasgados, sus labios de fuego, su esbelta é insinuante figura, la gracia de su conversa-

cion, la libertad de su trato, la originalidad de sus caprichos, la hacen seductora, pensaba.

Y pasando de una emocion á otra, como la mariposa de una flor á otra flor, sufria en vez de gozar.

Isabel, que empezaba á presentir un desengaño, provocó una explicacion.

Mariano habia resuelto romper con Laura para volver á la buena vida.

Creyendo que la jóven ignoraba las señas de su casa, faltó á una cita.

— De esta manera, pensó, se enfadará conmigo, reñiremos, y me separaré para siempre de su lado.

Pero no contó con la huéspeda.

Laura le esperó en vano una hora.

No pudiendo contener su impaciencia, fué á su casa y abordó á la señora Feliciana.

— ¿ Vive en esta casa un jóven platero que se llama Mariano ? le preguntó.

— Sí, señora.

— ¿ Está en su cuarto?

— Yo qué sé.

— ¿ No es V. la portera ?

— Y á mucha honra.

— Pues debia V. saberlo.

— Miren la dama remilgada...

— No sea V. insolente y conteste V. á mi pregunta.

— La insolente será V... A juzgar por las trazas, V. es la que le saca de sus casillas.

— ¿ Y á V. qué le importa ? si no fuera V. una entrometida, cumpliria V. su obligacion, respondiendo á las preguntas que le hacen.

— Yo sirvo á quien me paga.

— Pues tenga V. esta carta, désela V. á ese jóven, y ahí van esos dos reales por el mandado.

Al decir esto, dejó sobre una silla que habia á la entrada de la portería una carta y una moneda de dos reales.

— Habráse visto la monuela, dijo en el colmo de la irritacion la señora Feliciana, y saliendo á la puerta, continuó llenando de improperios á Laura.

En esto llegó Isabel con su madre, y, cogiendo la carta :

— Tranquilícese V., señora Feliciana, dijo à la portera, yo se la entregaré.

Cuando estuvo sola, cediendo á un deseo invencible, abrió la carta y la leyó.

Era la realidad del desengaño que presentia.

En aquellas breves líneas recordaba Laura á Mariano su falta á la cita, se quejaba de su conducta, le amenazaba, y al mismo tiempo le decia que no le era posible vivir ya sin su amor.

El primer desengaño influye poderosamente en nuestro porvenir.

Una mujer expansiva hubiera deseado una en-

trevista con el infiel para inculparle, para anonadarle con aquella carta.

Pero al mismo tiempo hubiera oido sus escusas, y amándole como le amaba, le hubiera perdonado.

Isabel era incapaz de dar semejantc solucion al conflicto.

Herida en su amor, sabia sufrir, sin exhalar un gemido, delante de su verdugo.

Herida en su amor propio, solo desprecio tenia para esta ofensa.

Apenas leyó la carta, procuró alejarse de la presencia de su madre para llorar. porque la ahogaba la emocion.

Pero dominando su pena :

— Es un infame, se dijo, y no merece gozarse en mi dolor... yo le castigaré con la indiferencia.

Despues de haber soñado la felicidad, de haberla tocado, tener que renunciar á ella, es terrible;

pero Isabel estaba resuelta á sufrir sola, á no quejarse, á no dar explicaciones de su conducta.

Aquella noche cuando llegó Mariano estaba acostada.

— Me duele la cabeza, dijo á su madre, recíbale V.

Mariano extrañó que no hubiese soportado el dolor levantada : de esta manera hubieran podido verse al menos.

— ¿Qué pasará? se preguntó, obedeciendo, al formular esta pregunta, á un triste presentimiento.

Al retirarse de casa de doña Soledad, en vez de ír á su cuarto salió á la calle, y en la de la Montera encontró á Laura.

Por ella supo la escena que habia tenido lugar entre doña Feliciana y la jóven modista.

Indignado contra Laura, riñó con ella de una manera enérgica.

Acto contínuo voló á su casa y preguntó á la portera por qué razon no le habia dado la carta.

— Por una muy sencilla, contestó la señora Feliciana.

— Veamos cuál.

— Porque la señorita Isabel entraba cuando salia esa jó en, y se encargó de dársela á V.

— ¡Es V. una miserable!

— Poco á poco... yo...

— Usted no ha debido soltar esa carta.

— Así parece, pero no se ha perdido todo.

— Hable V.

— La señorita, que está indispuesta, me la ha devuelto para que yo se la dé á V.

— ¿La tiene V. en su poder?

— Sí, señor.

— ¿Sin abrir?

— Sin abrir... ¿cree V. que soy curiosa?

— Venga, venga esa carta.

— Y arrebatándosela de las manos subió volando las escaleras, se encerró en su cuarto y abrió la carta.

Era efectivamente la de Laura, pero al pié de ella habia trazado Isabel esta frase :

« ¡ Adios para siempre! »

Leer aquel renglon, levantarse precipitadamente, abrir la ventrna y hacer un movimiento para arrojarse por ella, todo fué uno.

Afortunadamente el sereno que se habia parado debajo cantó :

— Las doce y media, y sereno !

Mariano se detuvo, se arrojó vestido sobre el lecho, lloró, y al fin y al cabo se quedó dormido.

Al dia siguiente, le parecia que habia soñado.

La carta que estaba sobre su mesa, le recordó la verdad.

Aguardó á que dieran las once, y llamó á la puerta de doña Soledad.

Isabel estaba sola, pero abrió la puerta.

Ya no le amaba, y por eso no le temia.

Una mujer sin amor, no teme á ningun hombre.

La debilidad de la mujer no es otra cosa que el amor.

¿Quieren Vds. asistir á la escena que tuvo lugar entre los dos amantes?

Bien.

— Pues tengan Vds. la bondad de volver la hoja.

CAPITULO X

Culpa y castigo.

— Isabel, dijo Mariano, tú has dudado de mí.

— ¡Yo! contestó la jóven, acompañando su esclamacion con una mirada glacial que aterró á su amante.

— Sí, añadió este dominándose : has dudado, y la prueba es una carta que anoche me entregaron de tu parte.

— Las palabras que en ella he escrito son la losa que encierra nuestro amor.

— ¿Qué dices, Isabel?

— Digo que ha acabado todo entre nosotros, que mi único deseo es no volver á verte en mi vida.

— ¿Me condenas?

— No, te compadezco.

— Oyeme.

— Es inútil.

— Condenar sin oir es mucha crueldad.

— ¿Para qué quieres atormentar tu imaginacion? No quiero excusas, no quiero oirte, no quiero verte.

— ¡Isabel!

— Hubiera deseado evitar esta entrevista: me avergüenza haber amado á un hombre que ha tenido valor, despues de engañarme, para buscar una disculpa.

— ¡Tú me has amado!... ¡Ah! no, es mentira... si fuera cierto, desearias oirme.

— ¿Y para qué?

— Para juzgarme.

— Ya estás juzgado por tu propia conciencia.

— ¿Tienes celos?

— ¡Yo celos! esclamó Isabel mirando con tal arrogancia á Mariano, que le obligó á bajar los ojos.

— Perdóname, murmuró el jóven.

— Sí, te perdono, porque solo deseo para tí sentir indiferencia.

— De cualquier modo es un deber justificarme, y no con una excusa, sino con la verdad.

Mariano refirió con todos sus detalles lo que le habia pasado desde el momento en que halló á sus antiguos camaradas en la Puerta del Sol.

— He pecado, añadió; pero mi arrepentimiento es sincero, créeme Isabel, bastante me ha castigado mi conciencia, no añadas tú con tu desden nuevos martirios á mi dolor.

— La sinceridad con que me has hablado, me-

rece que rompa el silencio para que me comprendas. Oyeme ahora, añadió Isabel, y despues, si es verdad que me amas, llora tu culpa eternamente. Siempre he creido que el amor era en el mundo la única felicidad. Reconcentrar todo el cariño en un solo objete que despierta en nuestra alma todos los sentimientos: esto he creido yo que era amar, y así te he amado.

— ¡Isabel!

— Sí, Mariano; antes de decidirme á compartir contigo mis soñadas venturas, antes de confesarte mi amor, vacilé mucho: al corresponder á tu afecto, le dí toda mi alma. Era tuya, completamente tuya, vivia para tí, y solo ambicionaba apartar de tu corazon la tristeza, ofrecerte risueños horizontes, ser tu alegría, tu bien.

— ¿Y esos propósitos?

— ¿Cómo quieres que existan si has muerto mi alma? Yo tenia fé en tu amor, tú eras en el mundo

mi única esperanza, dudar de tí me hubiera parecido un crímen.

— ¡ Oh ! cuán infame he sido !

— Hoy querria tener indiferencia, pero no puedo : hoy, Mariano, te ódio, porque has disipado todas mis esperanzas, porque has muerto todas mis ilusiones, porque has arrebatado la fé de mi corazon y has dejado en él la horrible duda. Aunque te perdonase, aunque fuera posible que mi amor renaciese, me faltaria la confianza, y el amor que no confia es la calentura que sostiene el delirio, que al fin y al cabo mata á traicion. No creo en tí, no podré creer nunca, y es necesario que nos separemos para siempre.

— Por Diós, Isabel mia.

— No me conoces ; soy mujer débil, pero mi voluntad es enérgica. Hemos podido ser felices ; tú has destruido esta felicidad. Si vivimos mil años, si en este tiempo aspiras á despertar de nuevo un sentimiento que duerme en mi alma, el sueño eterno,

no lo conseguirás. Huye, pues, de mi lado, y olvídate de que nos hemos conocido.

Mariano suplicó con lágrimas de verdadero arrepentimiento.

Isabel fué inexorable.

— ¡Oh! tú te apiadarás de mí, dijo.

— Nunca... nunca, esclamó Isabel, y ¡ahora! te ruego que sea esta la última vez que hablemos en el mundo.

La entereza con que pronunció esta frase, la severa mirada que encontró Mariano en sus ojos al buscar en ellos una esperanza, le convencieron de que Isabel estaba segura de no volver á amarle.

— Bien está, dijo... Adios para siempre.

Y se alejó precipitadamente de la presencia de Isabel.

Cuando la jóven se vió sola, se dejó caer sobre una silla, y apoyando la cabeza en sus manos, vertió copioso llanto.

—No, se dijo, no volveré ya á amar en el mundo; mi vida será la soledad, mi amparo la conciencia.

Mariano fué á buscar á sus amigos.

— ¡Tú por aquí! le dijeron admirados.

— Yo, sí; vengo á pagaros el convite que os debo.

— Estás pálido... ¿qué tienes?

— Nada, sed de gozar.

— Pues á *Parona*.

— Iremos al *Armiño*.

— ¡Tanto mejor!

— Apuraremos media docena de botellas.

— ¿Te has vuelto loco?

— No... pero sufro mucho y necesito hallar consuelo en el placer.

Dos horas despues le llevaban sus dos amigos á su casa poco menos que en brazos.

Estaba completamente embriagado.

— ¿Sabe V., señorita Isabel, lo que ví anoche? dijo á la jóven la señora Feliciana.

Isabel no le contestó.

— Nunca lo hubiera creido, añadió la portera: tuvieron que traerle como quien dice á cuestas... ¡un jóven que parecia tan bueno!

— ¿De quién habla V.? preguntó Isabel.

— De quién he de hablar, del vecino. Es un perdido en toda la extension de la palabra.

— ¡Gracias, Dios mio! gracias, dijo Isabel cuando se quedó sola, me han detenido al borde del precipicio; el dolor de hoy me ahorra muchas lágrimas mañana.

Pero no por eso dejó de sufrir y llorar.

Del fuego siempre quedan cenizas.

CAPITULO XI

Tiempo perdido.

Isabel no tuvo mas remedio que explicar á doña Soledad la causa de la ausencia de Mariano.

— ¿Y no le has perdonado ? dijo su madre.

— No.

— Sin embargo, es un muchacho de buen fondo.

— Es verdad.

— Es además un buen artista, trabaja con primor, y cuando quiere, gana mucho.

— ¿ Qué me importa?

— Hija mia, no conoces el mundo, dijo doña Soledad con esa fria experiencia de la viudez y de la edad. El cariño es muy bueno y muy santo; si quieres, lo principal de la vida; pero tambien es importante el bienestar material, y eso solo lo da la fortuna, la salud, la tranquilidad de conciencia. Bien sabe Dios que me duele en el alma ese rompimiento; tú soy vieja ya, yo eres pobre, y sobre todo mujer, lo que equivale á decir quo estás expuesta á mil peligros.

— La Providencia no nos abandona nunca.

— Cierto que no; pero cuando yo cierre el ojo, que será pronto; cuando mi sombra no pueda preservarte de las asechanzas del mundo; cuando te quedes huérfana y sola, ¿ qué será de tí, pobre hija mia, sin un marido que te acompañe, que te defienda, que viva para tí?

Isabel quedó largo tiempo abismada en las re-

flexiones que las palabras de su madre habian evocado en su mente.

El resultado de esta lucha fijó su porvenir.

Mariano cayó enfermo; como vivia solo, fué trasladado al hospital á la sala de distinguidos, y allí pasó mas de cuarenta dias en una contínua crísis.

Al volver á su casa preguntó por Isabel, y supo que habia salido con su madre al campo, porque los médicos le habian aconsejado que viviese algun tiempo respirando un aire puro.

— Tambien ella ha sufrido... pensó Mariano... ¡oh! á pesar de sus protestas me ama... esperaré.

Doña Soledad é Isabel regresaron á su casa.

Mariano procuró volver á hablar con la jóven.

Salia á la ventana y esperaba á que la jóven se asomase á cuidar su rosal.

La saludaba, pero sin obtener respuesta.

La escribia, y sus cartas volvian cerradas á su poder.

Llamó á su puerta varias veces, y la puerta permaneció cerrada.

Los obstáculos avivaban mas y mas el deseo en Mariano.

Algunas veces encontraba á Isabel en la escalera, queria hablarla, caer á sus piés, implorar su perdon, pero la mirada de la jóven helaba la sangre en sus venas, y se quedaba en su presencia como petrificado.

Al fin se resolvió á hablar con doña Soledad.

— Amo á Isabel, señora, la amo con toda mi alma, mas que nunca, porque al perderla he conocido todo lo que vale. Arrepentido de mi comportamiento aspiro á ser su esclavo, á ofrecerle con el nombre de esposo, todo el cariño, toda la proteccion, todo el bienestar á que aspira la mujer del hombre que le consagra su vida ante el altar. Sé

trabajar y trabajaré para ella, buscaré la fortuna que tantas veces he despreciado para brindársela, nada le faltará conmigo. Por Dios, señora, háblela usted, influya V. en favor mio... es buena hija y no desoirá los ruegos de su madre.

Doña Soledad, que tenia mucho afecto á Mariano, que creia sinceramente en su contricion, ofreció hablar á su hija.

Apenas volvió á su casa, cumplió la palabra que le habia dado.

Isabel escuchó sus indicaciones, sus consejos, con bondad, pero sin interés.

— Es preciso, hija mia, que reflexiones, insistió doña Soledad; mi edad y mis achaques me hacen temer que nos separaremos pronto para siempre, y es deber mio dejarte colocada. Mariano te ama de veras, está arrepentido, no tiene mas deseo que labrar tu ventura. Perdónale, Isabel, cor-

responde á su afecto, y me darás el gusto de no verte desamparada y sola.

— Madre mia, no me exija V. tan costoso sacrificio.

— ¿No le has amado?

— Sí.

— ¿Y no accedes á perdonarle?

— Eso nunca.

— ¿Pero porqué?

— Porque prefiero la orfandad, el abandono, la pobreza, á la zozobra, al dolor de la duda.

— ¡Ah! tú no sabes lo que es el mundo. ¿No has visto con qué afan buscan las madres esposos á sus hijas? ¿No comprendes que cuando aceptan el sacrificio de entregarlas á un hombre que les roba el cariño que era antes su delicia, es porque en el amor maternal no hay egoismo, porque una madre solo ambiciona el bien de su hija?

— Todo lo sé.

— Pues bien, ¿quieres que muera dejándote sola en el mundo? ¿Ignoras los peligros que acechan á la mujer?

— No los temo.

— Desventurada... un instante de debilidad, de abandono, convierte la existencia de una mujer en un contínuo martirio. Tu edad, tu posicion, los favores que debes á la Providencia, hacen indispensable tu casamiento. La mujer necesita un marido.

— Pues bien, madre, aunque eso fuera cierto, no quiero engañarla á V..... yo no me casaré nunca.

Estas palabras fueron pronunciadas con el acento de la mas profunda conviccion.

Las discusiones entre madre é hija sobre el mismo tema se repitieron muchas veces.

Doña Soledad no consiguió vencer su obstinacion.

Este disgusto, sobre los muchos que habia sufrido la buena señora, alteraron su salud, y la enfermedad hizo tales progresos, que el médico no tardó en augurar los mas tristes resultados.

El ódio de Isabel hácia Mariano se aumentó, porque en su concepto él era la causa de todas sus desdichas.

Consagrada á cuidar á su madre, pero resuelta á no amar en la vida, ocurrió el fatal accidente que aceleró la muerte de su madre.

El incendio estalló por la mañana.

Vamos á conocer la verdadera causa de este siniestro.

CAPITULO XII.

Causas y efectos.

Mariano se empeñó en conquistar de nuevo el cariño de Isabel.

Por las noches, en vez de dormir, velaba, pidiendo á su imaginacion el medio de aplacar el ódio que le profesaba la jóven.

Con decir que hasta cruzó por su mente la idea de matarla, se comprenderá la desesperacion que se habia apoderado de su ánimo.

Despues de poner en práctica infinitos planes,

de emplear todos los recursos imaginables, viendo lo inútil de sus esfuerzos, tomó una resolucion terrible.

— ¿Para qué quiero la vida sin ella? pensó.

Desde aquel momento se colocó á un paso del suicidio.

Pero antes quiso hablar con Isabel.

El dia anterior al del incendio, lo pasó encerrado en su casa.

Aguardaba á que fuera de noche para resolverse á llamar á la puerta de su vecina.

Las doce horas de aquel dia le parecieron doce siglos.

Al fin venció su miedo.

Apenas anocheció llamó á la puerta de Isabel.

La jóven salió á abrir.

Al verle se inmutó, pero no tardó en reponerse.

— ¿Qué quiere V.? le preguntó con frialdod.

— ¡Isabel! ¡Isabel! dijo Mariano... deseo hablar con V. por última vez.

— Mi madre está muy mala... no agrave V. con su presencia su enfermedad...

— ¡Por Dios!

— Seria inútil que hablásemos.

— Pues bien... V. será responsable ante Dios de mi muerte... Adios... Adios para siempre.

Mariano se volvió á su cuarto.

Isabel se sentó á la cabecera del lecho de su madre.

Por mas que queria ocultárselo á sus propios ojos, las últimas palabras de Mariano habian producido en ella gran sensacion.

Queria como siempre sentir indiferencia, y sentia ódio.

La situacion de su madre era muy crítica.

El médico acabó de quitar á la jóven toda clase de esperanzas.

Ya sabemos cómo pasó la noche; pero ignoramos

lo que ocurrió en el cuarto contigo al suyo.

Mariano se encerró.

—Voy á morir, se dijo: el hombre que ha tenido la felicidad en las manos y la ha dejado escapar, no merece vivir. Estoy solo en el mundo, sin familia, sin afecciones, sin esperanzas. Todo me aburre, todo me desespera... moriré, sí, y de este modo verá Isabel que mi arrepentimiento ha sido sincero.

Con la mayor sangre fria bajó á la calle, compró carbon y lo subió á su cuarto cuidadosamente oculto en un pañuelo.

Colocó el carbon con la mayor calma en el brasero, cerró herméticamente la ventana, tapó las rendijas, y una vez hechos estos preparativos, se sentó en una silla, y apoyando los codos sobre una mesa y la cabeza en las manos, se puso á reflexionar sériamente sobre el paso decisivo que iba á dar.

He oido decir á la ciencia, que algunos momentos antes de la muerte, parecen animarse en el enfermo ó en el suicida todas las facultades intelectuales.

Los recuerdos del pasado se agolpan á la imaginacion con mas color, con mas relieve que nunca.

Las esperanzas qu nos han ido abandonando poco á poco en el camino de la vida, vuelven á despedirse de nosotros, nos halagan de nuevo, y entonces comprende el alma lo que ha perdido.

Esto sucedió á Mariano, y la lucha que sostuvo fué terrible.

Tres campanadas le sacaron de su abstraccion.

El sereno cantó la hora.

Mariano recordó las noches que habia oido aquellas campanadas en la calle, saliendo de los bailes de máscaras, acechando el momento de hablar en una calle retirada con la mujer á quien habia logrado inspirar amor.

Este recuerdo devolvió á su imaginacion el de Isabel.

Pero ¿para qué seguirle en su espantoso delirio?

A cosa de las seis de la mañana se levantó, resuelto á consumar su proyecto.

Encendió el fuego, cerró la puerta de su cuarto, y despues de emplear mas de tres cuartos de hora en esta operacion, escribió una carta á Isabel, la cerró y se dejó caer en el lecho.

El brasero estaba cerca de la cama.

Cediendo al cansancio, se durmió Mariano, pero no tardó en despertarse.

El humo que llenaba la habitacion le ahogaba, y olvidando su propósito, abrió instantáneamente la puerta de su estancia.

La ráfaga de aire que entró, produjo una espantosa llama.

La colgadura de la cama, el ruedo que habia á

los piés, y la mesa de noche, se vieron envueltos en una llama voraz.

Mariano abrió la ventana, y el aire avivó el incendio.

Sin saber lo que hacia, abrió Mariano la puerta, y quemándose las manos, arrojó á la escalera algunos de los muebles que se quemaban.

Los vecinos, y los que pasaban por la calle, dieron la voz de alarma.

La escalera se incendió tambien, el fuego tomó colosales proporciones, y desde aquel momento solo una idea se apoderó de Mariano : la de salvar á Isabel y á su madre.

Le que ocurrió, ya lo saben mis lectores.

Mariano saltando por enmedio de las llamas corrió á pedir auxilio, buscó una piqueta, hizo que algunos operarios le siguieran, subió á la casa contigua á la incendiada, y deseando á toda costa salvar á Isabel, trabajó con ardor para abrir un boquete en la pared medianera.

El deseo redoblaba sus fuerzas, y cuando desmayaban los mas robustos trabajadores, él que en su vida habia manejado la piqueta, les daba ejemplo.

Los gritos de Isabel y de su madre producian en él un efecto terrible.

Por eso les daba ánimos, y trabajaba con verdadera fiebre.

Al fin logró verse al lado de la jóven, pero en cierto modo era tarde.

Doña Soledad espiró; pero antes de morir pudo revelar á su hija que era rica.

Esta, desmayada por efecto de las terribles desgracias que acababan de experimentar, fué conducida á una casa inmediata, en donde la prestaron los mas urgentes auxilios.

Mariano recogió los objetos que Isabel habia guardado para preservarlos del fuego, y entre ellos la cartera de su padre.

Todos los entregó á la señora en cuya casa fué

recogida la jóven, y permaneció cerca de ella hasta que volvió en sí.

En aquel instante estaban los dos solos.

— Yo te he salvado de la muerte, le dijo Mariano, has perdido á tu madre, nada te queda en el mundo, pero yo te amo mas que á mi vida..... Apiádate de mí y labraré tu felicidad.

— ¡ Nunca !... ¡ nunca ! dijo Isabel ; huya usted de mi lado... yo le maldigo.

Apenas oyó Mariano estas palabras abandonó la estancia en donde se hallaba la jóven y corrió á la casa inmediata, precisamente en el momento en que la autoridad investigaba las causas del siniestro.

— Yo he sido, esclamó Mariano, yo he sido el incendiario, odiaba á una mujer, queria vengarme de ella, y prendí fuego... soy culpable, y me entrego á la justicia.

Mariano fué conducido al Saladero.

Ya no le bastaba el suicidio, queria morir como un criminal.

El dolor le habia quitado la razon.

CAPITULO XIII

La avaricia.

Isabel quiso abandonar la casa en donde le habian ofrecido hospitalidad; pero doña Rosa, que así se llamaba la dueña, no se lo consintió.

— Está V. sola en el mundo, yo tambien, porque el único hijo que tengo es militar, y anda siempre corriendo la Ceca y la Meca, y viviendo juntas lo pasaremos mucho mejor. Quiere decir, que V. me dará un tanto al mes para los gastos.

Isabel recordó entonces la revelacion que la

habia hecho su madre momentos antes de morir, y viendo sobre una mesa la cartera de su padre :

— Bien está, señora, dijo ; si V. me acepta en su compañía, yo daré á V. lo que me pida. Gracias á Dios, aunque he experimentado la pérdida de mi querida madre, aunque he quedado sola en el mundo, poseo lo suficiente para vivir con desahogo.

Las dos convinieron el precio, é Isabel se instaló en un bonito gabinete que le destinó doña Rosa.

La señora Feliciana se encargó de vender los muebles de doña Soledad que habian salido ilesos de la quema, compró las telas para el luto de su señorita, como la anciana portera la llamaba, y se ofreció á acompañarla siempre que quisiera salir á la calle.

Desgraciadamente Isabel de una desgracia habia caido en otra.

La señora en cuya casa habia encontrado hospitalidad, aunque buena en la apariencia, era la encarnacion de la avaricia.

Tenia un hijo bastante calavera, le habia echado cien veces de su casa, pero al fin era madre y deseaba proporcionarle una vida descansada.

Cuando supo que Isabel tenia dinero en el Banco, concibió un proyecto.

Fácilmente comprenden mis lectores cuál era este proyecto.

— Puesto que es rica y se ha quedado huérfana, se dijo doña Rosa, hasta es una obra de caridad darle un marido. Mi hijo es un loco de atar, pero al fin y al cabo, como todos, sentará la cabeza y no le vendrá mal una mujer guapa y con algunos cuartos.

A partir de aquel instante, se consagró á conquistar el corazon de Isabel para su hijo.

— V. debe casarse, le dijo un dia.

— ¡ Yo ! ¡ Dios me libre! contestó instintivamente la jóven.

— Pues qué, ¿ tiene V. horror al matrimonio ?

— Horror, no ; pero no me casaré.

— Eso se dice, pero no se hace sino á la fuerza. Hoy por hoy, vive V. en mi compañía, y como soy una mujer de respeto y como no es el interés, sino el cariño lo que me mueve á tenerla á V. á mi lado, no echará V. de menos un esposo. Pero cuando por cualquiera circunstancia de las muchas que sobrevienen en la vida, se vea V. sola, sin un hombre que administre sus bienes, y la defienda de las asechanzas de los piratas callejeros; cuando se convenza V. de que la mujer es débil y necesita á toda costa la sombra de un marido, no tendrá usted mas medio que bajar la cabeza.

Isabel no se tomó el trabajo de contestar á doña Rosa.

Las razones que habia alegado la buena señora, no eran bastantes para que revocase la resolucion que habia formado.

Procuró mudar de conversacion, y doña Rosa continuó su comenzado diálogo hablando de su hijo.

— Si conociera V. á mi Enrique, le gustaria á

V. No es porque sea mi hijo, pero es lo que se llama un buen mozo... ¡ Y tan bueno, tan honrado, tan amante de su familia y, sobre todo, de su madre !... Vamos, es un jóven modelo.

Por entonces hacia ya mas de seis meses que doña Rosa no recibia carta suya.

En honor de la verdad, debo decir que Isabel oyó todos estos elogios como quien oye llover.

Pero al ver que un dia y otro dia le hablaba doña Rosa de su Enrique, le ponderaba sus cualidades y le dejaba adivinar la satisfaccion con que la llamaria hija, no tardó Isabel en comprender el proyecto que habia concebido doña Rosa.

Y para que no abrigase esperanzas que tarde ó temprano debian desvanecerse, explicó con franqueza su modo de pensar y anunció rotundamente á la buena señora que habia resuelto no casarse, y que por nada del mundo cambiaria de resolucion.

— Eso ya lo veremos, dijo para su sayo doña Rosa.

Un dia que salió Isabel á hacer varias compras, acompañada de la señora Feliciana, tuvo la inadvertencia de dejarse puesta la llave de la cómoda donde guardaba la cartera de su padre.

Doña Rosa, cuya curiosidad era tan grande como su avaricia, entró en el cuarto de la jóven para registrar, como tenia de costumbre, los bolsillos de sus vestidos, y al ver la llave puesta, brilló en sus ojos un rayo de alegría.

— Al fin y al cabo, dijo, voy á saber á qué atenerme.

Y abriendo con precipitacion el cajon de la cómoda encontró la cartera.

Inspeccionando los bolsillos, halló un papel encarnado.

Era un recibo, por medio del cual declaraba el Banco de España tener en depósito para entregarle, cuando los reclamase la señorita doña Isabel Sandoval, doce mil duros.

— Pues es mas rica de lo que yo me imaginaba, dijo frotándose las manos. ¡ Oh ! es necesario que no se me escape.

Y volviendo á dejar el papel en el sitio donde lo habia encontrado, procurando que desaparecieran en el gabinete las huellas que al entrar habia dejado en él, se puso la mantilla y se encaminó á la direccion de Infantería, para preguntar el punto donde estaba de guarnicion el regimiento á que pertenecia su hijo.

Se lo dijeron, y aquella misma noche partió en el correo una carta para Enrique, en la que su madre le llamaba á toda prisa para darle una fausta noticia.

Quince dias despues llegó á casa de doña Rosa el jóven militar.

— Aquí me tienes, dijo, pero no creas que me has engañado. Supongo quo te has enterado de mis

últimas fechorías, y que me tiendes una red para echarme un sermon. ¿No es eso?

— No por cierto, hijo mio, contestó doña Rosa, ¿acaso has hecho alguna cosa mala?

— Mala no, pero sí inconveniente. Para no perder tiempo me puse á jugar con mis camarades, y lo aproveché, pero en cambio perdí dinero; de lo que resulta que con gran disgusto mio ha intervenido mi acreedor la tercera parte de mi paga, y me tiene poco menos que á dieta.

— Siempre has de ser el mismo, un solemne loco.

— Y ¿qué he de hacer? Gasto y triunfo como un general y mi paga es de subteniente. Con que así no me riñas, ó si me riñes proporcióname algo de tus ahorros para que mañana pueda emprender la marcha, porque mi coronel no me ha dado licencia mas que para ocho dias.

— En ese tiempo puedes salir de apuros si sabes aprovechar una ocasion.

— Las aprovecho todas.

— Ante todo, óyeme, añadió doña Rosa. Has de saber que no vivo sola.

¿Cómo es eso? ¿Me has dado por ventura un padrastro?

— No, hombre, no; tengo en mi compañía á una jóven que se ha quedado huérfana.

— ¿Será muy bella?

— Encantadora.

— Una heroina de novela, ¿no es verdad?

— ¡Que todo has de echarlo á broma...! La jóven de que hablo es bella, de talento, y lo que es más.

— ¿Rica?

— Doce mil duros.

— ¿En dónde está, en dónde está?, preguntó el subteniente, levantándose como si le anunciasen que el enemigo le esperaba.

— Habita el gabinete principal, pero no sabe tu venida.

Por otra parte, á juzgar por las frases que la he oido, no tiene la mejor opinion de los hombres, y es necesario, si quieres agradarla, que abandones la vida aventurera de las armas, para vivir de tus rentas como un vecino pacífico de Madrid, ó de cualguiera capital de provincia; que te presentes á sus ojos de una manera completamente distinta á la que te caracteriza, y que conquistes su corazon con la mayor habilidad.

— Eso corre de mi cuenta. ¿Conque... doce mil duros?

— Sí, hijo, sí, ¡gran bocado! ¿no es verdad?

— ¡Doscientos cuarenta mil realazos! que puestos á una carta podrian convertirse en cuatrocientos ochenta mil... y si venia derecha cuadruplicarse. Nada, nada, es necesario que yo vea á esa jóven, que la conquiste en los seis dias de licencia que tengo, para proporcionarme con su amor la absoluta.

Doña Rosa pidió á Isabel permiso para presentarla á su hijo, anunciando á la jóven, que habia llegado con una comision del servicio y que la habia sorprendido agradablemente.

Enrique quedó prendado de la belleza de Isabel.

La jóven le recibió con la mayor frialdad, y doña Rosa comprendió desde luego, que todos cuantos esfuerzos hicieran tanto ella como su hijo, serian inútiles.

Tal vez no se habia equivocado doña Soledad, al aconsejar á su hija que buscase un esposo para no verse desamparada en el mundo.

Por de pronto, la suerte habia querido que cayese en poder de una mujer avariciosa, y estaba á punto de sufrir las consecuencias de esta avaricia, y lo que era peor, de una pasion violenta que su belleza habia inspirado al jóven militar.

¿Cómo luchar con aquellos dos vicios?

Isabel necesitaba un marido, un protector, un sér que la amparase, que la defendiese.

¿Lo halló?

Vamos á verlo.

CAPITULO XIV.

Contra avaricia Largueza.

Noda hay más perjudicial en el mundo, que el amor excesivo y obcecado de una madre vulgar.

Doña Rosa, que á la vulgaridad unia la avaricia, decidió pasar por todo, con tal de que su hijo abandonase la carrera de las armas y pudiese encontrar en Isabel una esposa y un dote.

Como la señora Feliciana vivia en una casa próxima á la suya, iba á ver todos los dias á la se-

ñorita Isabel, y esto no agradaba mucho á doña Rosa.

— Lo primero que necesitamos hacer, dijo á su hijo, es alejar á la portera.

— Eso corre de mi cuenta, dijo el atolondrado subteniente.

Buscó al propietario de la casa, en donde desempeñaba las funciones de cancerbero la señora Feliciana, y le refirió una historia que habia inventado en perjuicio de la buena mujer.

Doña Rosa por su parte hizo que algunos de los vecinos de la casa que como sucede siempre, estaban descontentos, se quejasen al casero, y dos ó tres dias despues fué llamada la señora Feliciana á su presencia, y recibió la órden de dejar libre la porteria.

Apenas supo esta noticia, con las lágrimas en los ojos fué á buscar á la señorita Isabel para referirle lo que le pasaba.

Doña Rosa no habia contado con la determinacion de la portera.

Cuando llamó á la puerta, ella fué quien salió á abrir.

— ¿Qué busca V. aquí? preguntó al verla.

— ¿No me conoce V.?

— Sí, señora, pero deseo saber qué es lo que le trae á V. por esta casa.

— Vengo á ver á mi señorita.

— Está ocupada, no puede recibirla á V.

— ¿Cómo que no puede recibirme? Dígale V. que estoy aquí.

— Aun no ha salido de su cuarto, y no es cosa de incomodarla.

— Abra V,, abra V., dijo Isabel que habia oido la conversacion y reconocido la voz de la portera.

— ¿Lo vé V.? exclamó esta, pintándose en su rostro una alegría que contrastó con las lágrimas que surcaban sus mejillas.

Doña Rosa se escusó con Isabel, pretestando que como no la habia visto todavía, pensaba que estaria ocupada y que no querria recibir á nadie.

La señora Feliciana entró en el cuarto de la jóven, y doña Rosa se puso á escuchar detrás de la puerta.

La conversacion que medió entre Isabel y su antigua portera no hace al caso.

Baste saber que doña Rosa frunció el ceño al oir estas palabras que pronunció Isabel :

— Pues nada, señora Feliciana, no se apure V.; vivirá V. en esta casa al lado mio, y yo pagaré su pupilaje. Ahora mismo llamaremos á doña Rosa para hablar del asunto.

No pudiendo contenerse la madre de Enrique, abrió la puerta, y con los ojos encendidos por la ira :

— Aquí me tiene V. ; precisamente pasaba por la puerta cuando V. hablaba. Hé oido que me necesita V. y aquí vengo.

— Llega V. á propósito. Esta pobre mujer, añadió Isabel señalando á la señora Feliciana, ha sido despedida de la portería, y como yo le debo tantos favores y le tengo tanto cariño, he resuelto que se quede á mi lado. V. dirá cuánto he de darle por su manutencion.

— ¿Está V. en su juicio? exclamó doña Rosa. ¿Cree V. que yo voy á consentir que esté en mi casa una portera?

— Y ¿por qué no? dijo la señora Feliciana.

— Porque mi casa no es posada.

— Sin embargo, á mí me hospeda V.

— V. es otra cosa; al fin y al cabo es V. una persona decente. Pero una portera...

La señora Feliciana no pudo olvidarse de su orígen, y poniéndose en jarras:

— ¡Miren la señorona! exclamó, como si no supieran en el barrio quién es V. Pues hija, hace usted mal en tener *fantesía*, porque yo soy vieja me

acuerdo haberla visto á V. muchas veces en la calle vendiendo naranjas, y sé que se casó V. con un cochero del señor marqués y que pusieron ustedes casa de préstamos. Con que ya ve V. que no tenemos nada que echarnos en cara.

— ¿Querrá V. todavía, dijo doña Rosa, que tenga yo en mi casa á esta calumniadora?

— La calumniadora será V.

— Si no mirara esas canas...

— ¿Qué haria V.? dijo la señora Feliciana adelantándose en actitud amenazadora hácia doña Rosa.

— Agarrarla á V. de una oreja y ponerla de patitas en la calle.

— Hágalo V. si se atreve.

— Y tanto como...

Un segundo más y las dos se habrian ido á las manos si Isabel no se hubiera interpuesto.

— Basta, señora, dijo; V. podrá tener la opinion

que quiera de esta buena mujer: yo la estimo demasiado, y si ella no puede permanecer, aquí, tampoco yo.

— Bien, señorita, bien, así me gusta, exclamó entusiasmándose la portera.

— Disponga V. de mi habitacion, añadió la jóven, porque voy á salir en este instante con la señora Feliciana á buscar otra casa: quiero vivir independiente, teniéndola en mi compañía me cuidará y no necesitaré vivir al lado de nadie.

— Haga V. lo que quiera, dijo doña Rosa, pero yo le aseguro á esta bruja que me las pagará.

Isabel se puso la mantilla y salió con la señora Feliciana dispuesta á buscar casa y á no permanecer al lado de doña Rosa mas que el tiempo preciso.

Inmensa fué la desesperacion que se apoderó de la avara al ver que la portera habia echado por tierra todos sus planes.

El tiempo urgia, por otra parte la licencia de su hijo se acababa despues de haberla prolongado y cuando llegó Enrique, despues de haberle referido lo que habia pasado :

— Es necesario, le dijo, que te ingenies para que no se marche Isabel, para que á toda costa seas su esposo.

— Un medio se me ocurre, exclamó el jóven, pero es preciso que tu me ayudes para llevarle á cabo.

— Dí cuál, hijo mio, y cuenta con mi apoyo.

— Por lo que yo he notado, es muy sentimental; fragüemos una historia. Ella se ha incomodado contigo, porque te has negado á recibir en casa á la portera : pídela mil perdones cuando venga, y dile que no estrañe tus malos modos de hoy, porque estabas sumamente enfadada conmigo. Busca cualquier pretesto, inventa algun pecado que atribuirme con tal de que no me haga daño, de que

me presente á los ojos de la jóven como un héroe de novela; añade que has reñido conmigo, llora diciéndole que esto te causa un gran sentimiento.., Quedad las dos en buenas relaciones; yo buscaré los medios de detenerme algunos dias al lado tuyo, me presentaré á ella implorando su intercesion para hacer las paces contigo, y lo demás déjalo por mi cuenta. ¿ Qué te parece mi plan ?

— Me parece magnífico, porque despues...

— Lo demás déjalo por mi cuenta: yo procuraré hacerme interesante á sus ojos, la visitaré amenudo y cuando llegue el caso, cuando la gente al notar que voy á su casa dos ó tres veces al dia sospeche de ella, cuando yo pueda dar un pequeño escandalo, entonces no tendrá mas remedio que casarse conmigo para salvar las apariencias.

Madre é hijo convinieron en que el proyecto era excelente, y doña Rosa lo puso en práctica apenas volvió Isabel.

Y desempeño tan bien el papel que su hijo le habia dado en aquella comedia la buena de doña Rosa, que no solo pidió mil perdones á la jóven, sino que hasta dió toda clase de satisfacciones á la señora Feliciana, y llorando despues amargamente por el disgusto que le habia dabo su hijo, Isabel la creyó de bnena fé, y cuando doña Rosa la suplicó que no se separase de su lado porque despues de perder el cariño de su hijo, perder su compañía era para ella un nuevo dolor :

— Ya es imposible que vivamos juntas, dijo la jóven, he tomado una casa, he adquirido los muebles necesarios para vivir en alla y mañana me trasladaré allá.

— Pues al menos para que yo me convenza de que no me guarda V. rencor, que pase aqui la noche la señora Feliciana.

Accedió Isabel, y por la noche cuando ella y doña Rosa se quedaron solas, continuó la segunda comedia.

Para que tuviera mas viso de verdad la fábula que habia inventado, dijo á la joven que su hijo, arrastrado por unos amigos, habia jugado la noche anterior y habia perdido la enorme suma de diez mil reales.

— Ya vé V., añadió, ha perdido en una noche por no saber jugar camo los calaveras de sus amigos, una cantidad que no poseo en metálico, y que necesitaré tomar sobre los únicos bienes que me quedan y que constituyen la escasa renta de que disfruto para vivir.

— Tranquilícese V., dijo Isabel, Dios abrirá camino.

— Si, señora, pero mi hijo me ha dado un disgusto que no le perdonaré nunca. Le he arrojado de mi casa y ya no volverá á ella.

— ¿Por qué tanto rigor? Acaso no ha sabido lo que ha hecho, y si añade V. al pesar de haber perdido el que causará en su alma el verse privado

del cariño de una madre, comprenda V. cuánta será su desesperacion,

— Es cierto, pero no se lo perdonaré nunca. ¡Yo que vivia tan arreglada, tener que entenderme ahora con los usureros!...

— ¿No ha dicho V. que son diez mil reales lo que ha perdido! Pues bien, yo daré á V. mañana esa cantidad y V. me la devolverá cuando pueda.

— ¿Sera posible? exclamó doña Rosa olvidandose, ante su codicia satisfecha, del proyecto que su amor maternal habia concebido en favor de su hijo.

— Si señora; no soy rica, pero puedo sacar á usted sin sacrificio alguno, del compromiso en que se encuentra.

Al dia siguiente Isabel, antes de despedirse de doña Rosa, salió á la calle, tomó del Banco la cantidad que necesitaba para cubrir sus atenciones y

facilitar aquella suma á la madre de Enrique, y volvió á entregársela.

Doña Rosa se guardó muy bien de contar á su hijo el desenlace que habia tenido la comedia.

Jamás habia visto reunidos diez mil reales, y ante la idea de poseerlos, su entusiasmo fué tal, que llegó á sentir verdadera simpatía hácia Isabel.

La generosidad de la jóven habia triunfado de la avaricia de doña Rosa.

La generosidad habia sibo el *primer marido* que la habia salvado del primer escollo con que habia tropezado en la vida, al encontrarse en la orfandad.

CAPITULO XV.

Complicaciones.

Isabel se instaló en una casa de la calle de Silva; amuebló con modestia, pero con elegancia, su habicion, y resolvió probar al mundo entero, que la mujer, por bella, por jóven, por débil que sea, puede vivir sin la defensa de un marido, siempre que las virtudes la acompañen.

La señora Feliciana estaba en sus glorias, porque, como ella decia, tenia asegurado el pan, estaba á

gusto en compañia de la señorita Isabel, y no tenia que lidiar con los inquilinos de la casa.

Pero... preguntarán mis lectores :

— ¿No era Isabel jóven?

— Si por cierto, tenia veintidos años.

— ¿Y habia perdido ya las ilusiones?

— Las ilusiones no, toda vez que creia que el despecho de su alma era un frio y eterno desengaño, toda vez que se hacia la ilusion de que su corazon habia muerto para el amor.

— ¿Y no pensaba en Mariano?

— Mucho... en vano procuraba sentir indiferencia para él; lo que sentia era ódio, ódio implacable, porque despues de haberla revelado la felicidad con su cariño, se la habia arrebatado con su veleidad, con su falsía.

— ¿Y sabia el paradero del jóven?

— No por cierto.

— ¿Y podria V. decirnos qué fué de él?

— Si Vds. me consienten que lo diga en muy pocas palabras, lo haré con mucho gusto.

Mariano se delató, y fué conducido al Saladero.

La desesperacion que se apoderó de su alma fué tan grande, que alteró sus facultades intelectuales.

Cuando se presentó ante el juez para sufrir el primer interrogatorio, sus respuestas demostraron al representante de la justicia, que su razon se hallaba estraviada.

Fué puesto en observacion, y la soledad, la tristeza que se apoderó de su alma, la idea de haber perdido con el amor de Isabel toda su felicidad, concluyeron de arrebatarle el juicio, y despues de una larga enfermedad, fué conducido á Leganés, donde permaneció mientras pasaban á su amada las desventuras que va á ver el lector.

Enrique habló con su madre y esta, que habia

satisfecho su codicia con la generosa dádiva de Isabel, trató de disuadirle de su idea.

Pero era tarde.

El militar que al pronto habia visto en el proyecto de su madre un buen negocio, llegó poco á poco á prendarse de Isabel, y pintándole su imaginacion los hechizos de la jóven como una dicha suprema, deseó á toda costa ser dueño de su amor,

Dos ó tres dias despues de la partida de Isabel llamó Enrique á la puerta de su casa.

La señora Feliciana anunció su llegada.

Isabel le recibió.

— Usted dispensará la libertad que me tomo, dijo Enrique, pero sufro mucho, sé que tiene V. un corazon bondadoso y he venido á suplicarle un favor.

— Hable V., contestó la jóven con su natural severidad.

— No sé si mi pobre madre ha referido á V. el

disgusto que la he dado... ¡oh! no me lo perdonaré nunca...

— ¿Qué no le ha absuelto á V. todavía?

— No he tenido valor para presentarme á su vista, me arrojó de su lado y... yo la conozco, no me perdonará, si V. que tanto afecto la inspira, no intercede por mí.

Habia al parecer tal sinceridad, tal compuncion en las palabras de Enrique, que Isabel le creyó de buena fé, y ofrecíó ver á doña Rosa para participarle el arrepentimiento de su hijo.

Así lo hizo, y la madre, que no podia dejar á Enrique por embustero, fingió una vez mas y se prestó á la reconciliacion.

Aquella misma tarde se abrazaron madre é hijo en presencia de Isabel, y esta, que creia tener mucha experiencia de las cosas del mundo, se fué muy satisfecha.

Por la noche estuvo Enrique á visitarla de nuevo.

— No pagaría á V. ni con mi vida el beneficio que me ha dispensado, le dijo; gracias á V., he obtenido la absolucion de mi madre, y mi gratitud es tanta, que deseo ser su amigo de V.

Isabel continuó dando crédito á aquella farsa, y como se creia invulnerable, accedió tambien á aquella súplica.

Con la mejor buena fé del mundo divulgó la señora Feliciana en el barrio que su señorita era huérfana y rica.

En estos tiempos, una mujer jóven y rica, es lo que se llamaba en el siglo pasado un *bocatto di cardinali*, y lo que en el actual se llama *un buen negocio.*

O lo que es lo mismo, los vecinos y muchos que no lo eran, se pusieron en guardia para aprovechar la primera ocasion de demostrar á la jóven que pensaban en ella.

Habia en la casa de al lado una viuda jóven aún, y bastante agraciada.

Su historia parecia una novela.

Se llamaba Filomena.

Habia nacido en Avila, sus padres la habian traido á Madrid en setiembre de 1858, y la habian dejado en compañia de una tia que vivia sola, y que era viuda de un coronel.

Como era natural, los que visitaban la casa de doña Gumersinda eran militares.

Los cazadores de Madrid eran por entonces los héroes á la moda.

Un subteniente hizo la córte á Filomena, y despues de los consabidos paseos por la acera de enfrente, las cartas perfumadas en papel de color de rosa, los telégrafos, las conversaciones por el ventanillo, etc., etc., llegaron à entenderse, y convinieron en que se casarian cuando él fuera capitan.

Entre paréntesis: no conozco nada mas triste que este detalle de las bodas de los militares.

Eso de contar con que puede morirse el novio y

aguardar á que sea capitan para que quede *viudedad* á la viuda, me parece terrible.

Yo creo que si fuera capitan me moriria de tristeza al oir decir á mi futura :

— ¿Con que dentro de un mes asciendes á capitan?

— Sí, monona.

— No puedes figurarte cuánto me alegro... porque ya podremos contar con la viudedad.

Vamos... declaro que esto es espantoso.

Pero prosigamos.

Filomena y Pablo no tuvieron paciencia.

Los padres de la jóven murieron, su tia era alegre de cascos, y al ver que los dos tórtolos se amaban :

— Si teneis mucha prisa, les dijo, casaos ¿Qué puede suceder? que Pablo se muera y que te quedes sin viudedad. Eso no importa, yo tengo dos mil duros puestos sobre una casa, y cuando yo me

muera te quedarán ahí para sacarte de apuros.

Esta confesion animó á los novios, arreglaron los papeles, se casaron, fueron muy felices... y en esto comenzó la guerra de Africa.

Pablo tuvo que dejar la compañía de su esposa por la de los soldados, su casita por la tienda de campaña, las caricias de su mujer por las caricias de las espingardas de los riffeños.

Y lo peor es que Filomena se quedó en cinta.

Pablo se portó como un héroe, y ganó las dos estrellas; pero el mismo dia que nuestros valientes soldados entraron victoriosos en Tetuan, Pablo murió como un valiente en el campo del honor.

Cuatro meses despues nació una niña de su matrimonio, pero la pobrecita nació huérfana de padre.

Entonces fué cuando Filomena comprendió que habia hecho mal en casarse con un subteniente.

— Si al menos hubiera sido capitan, se dijo.

Este fué el epitafio que consagró á la memoria de su esposo.

Doña Gumersinda tomó dinero sobre su hipoteca, tia y sobrina fueron trampeando como suele decirse, y de esta suerte trascurrieron cuatro años.

La buena señora se murió; Filomena escuchó el amoroso reclamo de un solteron bastante rico, accediendo á aus ruegos, puso á su hija en un colegio y se dió buena vida.

El solteron se cansó de gastar la fortuna que debia reservar para dos sobrinos suyos, estos le hicieron ver que Filomena no le convenia, y una mañana recibió la viuda una carta con seis billetes de mil reales y un adios eterno.

Los duelos con seis mil reales pueden soportarse mucho mejor que con pan.

Filomena se halló en una casita bien amueblada, se miró al espejo, y el espejo le dijo que aun era guapa, y como no tenia aficion á coser y era alegre

de cascos, eligió el balcon de su casa para pasar en él la mayor parte del dia.

Los galanes no tardaron en rondar la calle y como en la apariencia vivia con desahogo y hasta con lujo, y nadie veia á su hija, que aun estaba en el colegio, no faltó quien pasase mas de una noche en vela creyendo poner una pica en Flandes si obtenia su mano.

Filomena era la vecina más predilecta del sexo feo en la calle de Silva; pero los que más fervientes adoradores suyos parecian, dejaron de quemar incienso en sus aras, al saber, gracias á las habladurías de la señora Feliciana, que Isabel era jóven, bella, soltera y rica.

Filomena envidió á Isabel, y ya sabemos hasta qué extremo puede llegar una mujer envidiosa.

Entre los dos pretendientes más asíduos de la viuda, habia un caballero particular, de unos cuarenta años, grueso, buen mozo y rico, cuyo

único flaco era precisamente lo que le hecia estar gordo.

Tenia un apetito voraz, ó en otros términos, su pasion dominante era la gula.

D. Lupercio, que habia estado en América, y que vendiendo ropas hechas habia *hecho* á su vez una buena fortuna, deseaba casarse para mejorar de vida, y aunque pensó en la viuda, al tener noticia de Isabel, la prefirió á la Filomena.

Esta no tardó en notarlo, vió que se le escapaban los novios de las manos, y concibió un implacable ódio hácia su vecina, prometiéndose vengarse de ella.

Al notar las asíduas visitas de Enrique, comprendió que el jóven militar entraba en casa de Isabel con intenciones hostiles.

Sin pérdida de tiempo averiguó su nombre, recordó que su esposo habia estudiado en el colegio de Toledo con un jóven del mismo appellido, y olvi-

dándose de sí misma, porque la envidia na la vé, le escribió una carta muy atenta pídiéndole una entrevista para hacerle una pregunta acerca de su esposo.

Enrique, que dicho sea de paso habia logrado que le trasladasen á un regimiento de guarnicion en Madrid, acudió al llamamiento de Filomena.

Dos motivos le impulsaron á ir : la curiosidad y la esperanza de saber por ella algo de su vecina.

Su entrevista merece referirse.

CAPITULO XVI.

Una calumnia

— V. dispensará la libertad que me he tomado, dijo Filomena á Enrique, pero sé que fué V. intimo amigo de mi desventurado esposo; me han dicho que debo pedir al gobierno la recompensa de sus servicios con una pension para mi hija, y le he llamado á V. con el objeto de suplicarle por la memoria de su amigo, que me ayude en mi empresa.

— Muy difícil será conseguir lo que V. quiere,

contestó Enrique, pero lo intentaremos. Fuí, en efecto, íntimo amigo del desgraciado Pablo, y me pongo por completo á las órdenes de V.

Como Filomena era guapa, coqueteó con ella el militar, y pasando insensiblemente la conversacion de la etiqueta á la confianza :

— ¿ Es V. capado ? le preguntó Filomena.

— No señora, y lo siento, porque tengo la mejor opinion de las mujeres.

— Eso se vé á la legua.

— ¿ De veras ?

— Pues no ; ¿ qué mujer no conoce á primavera vista si el hombre con quien habla es ó no aficionado al bello sexo ?

— Yo no lo niego ; creo que es un deber en nosotros adorar á Vds.

— Sin duda, para practicar esa teoría viene usted amenudo á una casa que está muy próxima á la mia.

— ¿ V. sabe ?...

— Yo no... Dios me libre de ser curiosa ; pero dá la casualidad de que siempre que me pongo al balcon le veo á V. entrar en casa de la vecina.

— Es una antigua amiga de mi madre.

— No será muy antigua.

— ¿ Por que lo dice V. ?

— Porque es muy jóven.

— Cierto, pero...

— Y muy guapa... hace V. bien en rendir homenaje á su belleza.

Enrique era militar y no pudo menos de decir :

— Eso se hace cuando no se la ha visto á usted.

— Por Dios, Enrique, no vaya V. ahora á hacerme la corte.

— Soy sincero.

— Como todos los hombres.

— Veo que no es muy favorable la opinion que le merecemos.

— Aunque no soy vieja, soy viuda, y sé lo que es el mundo. Por lo demàs, y comprendo y disculpo que galantee V. á esa jóven.

— ¿ Y quién dice que la galanteo ?

— Toda la vecindad.

— Es posible que hayan notado mis visitas, que la mas inocente amistad haya sido interpretada de ese modo ?

— La culpa no es de V.

— ¿ Pues de quién ?

— De ella.

— No comprendo.

— Vamos, Enrique, no se haga V. tan cándido. ¿ Pues qué no sabe todo el mundo, ó por lo menos las personas que habitan en la calle de Silva, quién es esa mjer ?

— ¿ Qué dice V. ?

— ¿ No vive sola ?

— Sí.

— ¿ No es jóven ?

— Sí.

— ¿ No es bella ?

— Sí por cierto.

— ¿ No es rica ?

— Así parece.

— ¿ Y cree V. ser el único hombre que entra en su casa ?

— Vive muy retirada, y francamente ignoro que la visiten mas personas que mi madre y yo.

— Pues V. y su madre viven equivocados. Si no hubiera V. sido íntimo amigo de mi esposo, si no le viera á V. en peligro, me guardaria muy bien de decir una sola palabra ; pero debo advertirle que esa jóven recibe visitas misteriosas, que aunque parece que nunca ha roto un plato, ha labrado la desgracia de un jóven á quien ha arrebatado la razon, un pobre artista, que segun mis noticias está en el hospital de Leganés.

Todas estas noticias produjeron una fuerte impresion de asombro en Enrique.

— ¿ Está V. segura de lo que dice ?

— Segurísima ; pero no es eso solo.

— ¿ Aun hay mas ?

— En esta misma calle, vive un americano, ó por lo menos un hombre que se ha enriquecido en América ; un hombre de pasiones desordenadas, un verdadero libertino. Venga V., venga V., añadió llevándole al balcon... ¿ lo ve V. allí ? Se pasa el dia asomado, contemplando á la niña.

— Mientras no pase de hacerle el oso.

— Es que ha pasado ya.

— Por Dios, señora, me está V. haciendo daño.

— Porque le quito dulces ilusiones... algun dia me agradecerá V. que desempeñe este odioso papel.

— ¡ Si parece increible !

— Ya sabe V. que la vecina vive con una vieja.

— La antigua portera de su casa... una bruja.

— Dice V. bien... esa es la que, mimada por el vecino, ha servido de intermediaria para ponerlos en relaciones...

— ¿ Luego se visitan ?

— Vaya si se visitan, mas á menudo de lo que usted cree. ¿ V. no viene nunca por la noche, no es verdad ?

— No, señora.

— Pues venga V., y verá V. todos los dias entrar en su casa apenas anochece á D. Lupercio.

— Sí que lo haré, dijo Enrique, y levantándose, porque estaba impaciente. Doy á V. muchas gracias, señora, añadió, por el bondadoso interés que la inspiro, y ofrezco no olvidar las indicaciones que por mi bien me ha hecho.

Se despidió de Filomena, y esta frotándose las manos :

— Ya he empezado á vengarme, se dijo : yo le

juro que tendrá que abandonar la calle, so pena de pasar á los ojos de todo el mundo como una miserable aventurera.

No hay enemigo mas terrible que la envidia.

— ¿Será verdad lo que me ha referido? pensó Enrique... Es imposible que una jóven tan bella, tan pura, tan modesta, sostenga relaciones de esta clase! — ¿Y porqué no? — ¿No es el mundo una farsa? ¿No se cubre el vicio con la máscara de la virtud? La verdad es, que segun mis noticias, cuando vivia al lado de su madre era pobre, habitaban las dos un sotabanco; ella trabajaba... ¡Oh! no hay duda... hay un misterio en su existencia y necesito descifrarle.

Una nueva idea cruzó por su mente.

— En último resultado, se dijo, qué me importa para mis fines que sea ó no tan honrada como hasta ahora la he creido. Ella ha declarado mas de una

vez y muy rotundamente que no se casará nunca; gracias á la comedia que he representado á sus ojos, me cree su agradecido, su verdadero amigo, tiene confianza en mí y... ¡ qué diablo! ¿ no ha de lograr lo que otros? ¡ ah! yo averiguaré la verdad y realizaré la pasion que devora mi alma.

Animado por este propósito redobló sus visitas á Isabel.

Al mismo tiempo visitó á Filomena, la cual continuando su comenzada obra, no cesó de atizar las sospechas que habia encendido en su alma.

Dos ó tres dias despues tuvo ocasion de probarle que no le habia engañado, al anunciarle que D. Lupercio entraba en casa de Isabel.

No contenta con desprestigiar á su vecina á los ojos de Enrique, se valió de su criada para divulgar las calumnias que habia inventado, y gracias á la facilidad con que se acogen los rumores que tienden á desprestigiar, no tardó en ser Isabel para los ve-

cinos de la calle de Silva, poco menos que una mujer entretenida.

Sin embargo, Isabel vivia tranquila, porque su conciencia no la mortificaba.

CAPITULO XVII

Una conspiracion

Antes de pasar adelante, debo explicar las circunstancias que concurrieron á que el vecino americano visitase á Isabel.

La verdad es que al verla, sintió hácia ella una viva simpatía ; esta fué la primera impresion que recibió.

Como deseaba buscar una compañera que le cuidase, para disfrutar á su lado de la fortuna que habia traido al regresar á la Península, hizo que el

ama de la casa de huéspedes en donde habitaba, se informase de quién era la vecina, y esta para darle gusto, no tardó en entablar relaciones con la señora Feliciana.

Por ella supo la historia de Isabel y se la refirió á D. Lupercio.

— Pobre muchacha, se dijo este, tan jóven y ya sola en el mundo. Es necesario que yo la trate, que conozca á fondo su carácter, y si nos convenimos mútuamente, me casaré con ella.

La señora Feliciana por su parte, habló á la jóven de D. Lupercio, la anunció que el ama de la casa de huéspedes deseaba visitarla; Isabel accedió á recibirla, el ama se enteró de su nombre, de sus antecedentes, y la casualidad hizo que D. Lupercio fuese sobrino de D. Fabian, del venerable eclesiástico que habia sido mentor de Isabel en los primeros años de su vida, y esto bastó para que la jóven aceptase con gusto la amistad de su vecino.

Los dos hablaron del anciano, é Isabel que estaba agradecida, porque sabia que debia á D. Fabian la fortuna que disfrutaba, no tuvo inconveniente en revelar su situacion á D. Lupercio.

Este, que cada dia experimentaba mayor aprecio á la jóven, le aconsejó lo que debia hacer para conservar sus intereses, y con la mejor buena fé del mundo, y esperando que algun dia podria ofrecerle el título de esposa, se encargó de administrárselos.

Con este motivo se estableció entre los dos una gran intimidad.

Isabel no conocia el flaco de su amigo, y por otra parte, no temia que su afecto, al parecer desinteresado, pudiera trocarse en afecto egoista; así es que le trató desde luego con franqueza.

D. Lupercio iba á hacerla compañía; mientras ella cosia por la noche, él leia, con comentarios, las noticias de *La Correspondencia*, ó las novelas que llevaba á la jóven para distraer su ánimo.

Como Enrique se enteraba de la frecuencia de sus visitas, aceleró sus proyectos.

Una noche quiso sor prenderlos.

— Cómo va á paladicer al verme entrar en su casa cuando menos lo espera, se dijo.

Llamó á la puerta, la señora Feliciana le hizo entrar en el gabinete, y con asombro vió que ni la jóven se inmutó, ni D. Lupercio se puso colorado.

La conversacion continuó, Isabel estuvo con él muy amable, D. Lupercio muy obsequioso; y al retirarse :

— Está visto, pensó, que no son mas que amigos. Tanto mejor, de esta manera me ahorro una lucha con mi rival; pero es preciso que yo realice mis deseos.

Al dia siguiente estuvo á ver á Filomena.

— V. que me protege, le dijo, va á aconsejarme qué es lo que debo hacer para convencerme de que esa jóven es indigna del interés que me inspira.

— Nada mas fácil.

— No pienso yo lo mismo.

— ¿V. duda de mis palabras?

— De sus palabras de V. no; pero las apariencias engañan á veces.

— Averigüe V. la verdad.

— ¿Y cómo?

— Hablándola con franqueza. Procure V. en una de sus entrevistas indicarle que sabe V. los misterios de su vida, exíjale V. cuenta de su conducta, y verá V. cómo se estremece, cómo cae anonadada bajo el peso de las acusaciones.

Enrique escuchó el consejo; pero su plan no fué exclusivamente anonadarla á fuerza de acusaciones, sino aprovecharse para sus fines de la turbacion de Isabel.

A este fin preparó sus redes con la mayor habilidad.

Por de pronto multiplicó sus visitas, y en todas

ellas comenzó á hablar con la jóven de la tristísima situacion que atravesaban las clases proletarias.

— Voy á asociarla á V. á un buen pensamiento, le dijo un dia.

— Veamos cuál.

Noches pasadas iba yo de paisano por una de las calles mas solitarias de Madrid, cuando de pronto se acercó á mí un hombre de mal aspecto, andrajoso, y en actitud amenazadora.

— Caballero, me dijo, estoy desesperado, mi mujer y mis hijos perecen de hambre, no tengo recursos, no encuentro trabajo, no tengo mas remedio que implorar una limosna, y si no me la dan, robarla.

— Su acento, añadió Enrique, me conmovió.

— ¿ Y le socorrió V. ?

— Hice algo mas, acordándome de V.

— ¿ De mí ?

— Sí, de V., porque V. al reconciliarme con mi madre, me ha apartado del mal camino, me ha enseñado á ser bueno. Le pregunté las señas de su casa, le entregué una moneda, y le ofrecí ír á verle al dia siguiente.

— ¿Y ha ido V.?

— Hasta hoy — lo confieso con rubor — hasta hoy no me he acordado; pero he ido y he hallado al pobre hombre enfermo, rodeado de cuatro niños, sin abrigo, sin pan, y de una mujer con todos los síntomas de la muerte.

— ¡Infelices!

— Así es, que he pensado asociarme á V. para socorrerlos.

— Ha heeho V. bien... se lo agradezco con toda mi alma.

— En ese caso...

Isabel no le dió tiempo para acabar la frase.

Se levantó, abrió el cajon de una cómoda, saeó

de él un billete de doscientos reales y se lo entregó á Enrique.

Este se despidió.

— Con el tiempo irá á visitar á los pobres á quienes hoy socorre, y si va, la tendré en mi poder, se dijo.

Pero para no malograr su plan, esperó.

Filomena experimentó aquel mismo dia una impresion dolorosísima.

CAPITULO XVIII.

La mujer y la madre.

Filomena tenia una hija de cinco años.

Para que no la perjudicase en sus aspiraciones, aunque por su escasez de recursos no podia, la habia dejado en un colegio.

Ya hacia mas de ocho meses que no pagaba su pension, y aunque en varias ocasiones le habia suplicado la directora que arreglasen sus cuentas, habia buscado toda clase de subterfugios y pretestos para evitar una confesion dolorosa, la de que no

contaba con recursos para cumplir con ella como era debido.

Habia agotado los fondos que al morir le habia dado doña Gumersinda, los muebles de su sala eran alquilados y no los pagaba, debia en los bazares sus vestidos y en las tiendas de comestibles su diario sustento.

Aunque siempre hallaba salidas para aplazar el pago de sus deudas, llegó un momento en que los acreedores resolvieron sitiarla por hambre, ya que no conseguian liquidar las cuentas atrasadas.

No hay para qué describir el apuro de Filomena.

La mujer que habia deslumbrado á sus admiradores con los atractivos de su belleza y excitado la envidia de las damas mas elegantes con el lujo de sus vestidos, era presa de un horrible sufrimiento en el interior de su casa, que borraba en su alma el recuerdo de los placeres que hubiera podido

proporcionarle la vanidad del gran mundo.

¿De qué le servian sus trenes, sus trajes fastuosos, sus lujosas sillerías, sus cortinajes de seda, si todo aquello podia desaparecer en un instante y quedarle solo la vergüenza de su situacion y la realidad de su miseria?

¿Qué espacio podian dejar á su corazon las penas positivas que le ocasionaba la vida de la farsa y del desórden, para que gozase los ilusorios y efímeros placeres de la vanidad?

Por otra parte, entre lo que perdia y lo que ganaba con sus mismos triunfos, habia una diferencia inmensa, en contra de sus propios sentimientos.

¿Qué habia conseguido al colocarse en primera fila, entre el séquito numeroso que avanza con ansiedad, tras del lujo y sus victorias pueriles, pretender un nombre en la sociedad frívola, que solo aplaude la forma, y buscar admiradores del exte-

rior, sin cuidarse de las prendas que mas ennoblecen y honran, y para las que mas se debe buscar la fama, que son las prendas del espíritu? ¿qué habia conseguido, volvemos á decir, al tomar el cetro del buen tono y ceñir la corona de la elegancia? Habia conseguido dos cosas: ponerse en el camino de la seduccion, tener admiradores que se propusieran á toda costa hallar goces mundanos en su hermosura; esto la halagaba, satisfacia su amor propio de mujer, era un triunfo; pero ¡cuá npequeño y cuán poco envidiable si lo medimos con el precio que le costaba!

Al lado de semejante resultado, habia conseguido otro terrible; hábia abandonado á su hija, habia empezado á extinguirse en su corazon el amor de madre, no se preocupaba de aquel ángel á quien habia dado la existencia, no cumplia su mision, estaba enteramente dominada por la pasion de ser admirada, y su amor propio le hacia olvidar

el que reclamaba para sí en sus cortos años una niña desventurada, que al decir « madre mia » no la hallaba tendiéndole los brazos, colmándola de caricias y enjugando sus lágrimas con el desvelo que solo tienen las madres.

Filomena no lo era verdaderamente; la naturaleza habia sucumbido ante el peso de las miserias del mundo; su pecho no latia con desahogo; habia algo en su cabeza que la abrumaba; se dejaba arrastrar, á pesar suyo, de una corriente que devasta cuanto á su paso encuentra; el orgullo era el único aliento de su alma, y habia llegado á lo peor que puede ser una mujer en la tierra: mala madre.

¿Pero tenia tiempo de serlo buena? Su tranquilidad estaba siempre interrumpida por las personas que iban á exigirla el cumplimiento de sus compromisos; tenia que esconderse, que negarse aun á sus visitas muchas veces, que fingir historias y su-

percherías para calmar á los acreedores intolerantes, que suponerse enferma, ¿quién sabe? La paz habia desaparecido de su alma, y jamás apuraba el último bocado de pan en su mesa sin algun sobresalto, ni dormia toda una noche sin despertar mas de una vez azorada y temerosa.

Una tarde acababa de resistir á una lucha terrible con un acreedor que le amenazaba con llevarla á los tribunales; acababa de recibir la noticia de que ya no le fiaban parte del sustento diario que traia de una tienda cercana; habia cundido la voz de la verdad de su estado, y empezaban á conjurarse contra ella todos los que podian temer la pérdida de sus intereses; empezaba á descorrerse el velo que cubria su situacion horrible, cuando sonó fuertemente la campanilla.

— Si es algun desconocido, ó alguna de las personas que sabes, dijo á su criada, dí que no estoy, que he salido para volver tarde, muy tarde, ¿lo oyes?

La criada hizo su mandato con el despego y el mal humor que emplean todas las maritornes cuando sus amas no les abonan su salario con puntualidad.

Todos los disgustos que hasta entonces habia experimentado Filomena no significaban nada al lado del que iba á recibir.

Un instante despues, entraron en la habitacion una señora y una niña.

— ¡Mi hija! exclamó Filomena al ver á la última.

— Sí, contestó la señora que la acompañaba; ha caido enferma, y como por las razones que usted sabe no es posible conservarla mas tiempo en el colegio, me ha encargado la directora que se la traiga á V.

Aquel golpe era terrible.

La pobre niña estaba lívida; todo anunciaba en

ella una de esas enfermedades largas y de dolorosas consecuencias.

En peor ocasion no podia haber llegado á casa de su madre.

Pero la mujer frívola desapareció en presencia de la hija enferma, y dejándola en el lecho al cuidado de la criada, salió á buscar recursos.

Cuando volvíó, su pesadumbre era mayor que antes; habia llamado á muchas puertas, y todas las habia encontrado cerradas.

Los acreedores se echaron encima de los muebles, el que los habia alquilado reclamó, la criada se despidió, y sola, abandonada, sin recurso, sin amparo, quedó Filomena al lado de una cuna que iba á trasformarse en breve en una tumba.

En esta angustiosa situacion trascurrieron algunos dias.

La desesperacion despertó en Filomena el deseo de morir.

Una noche estaba en la desierta casa al lado de la moribunda niña, y se decia :

— Pronto seguiré á este ángel, gozándose en la esperanza de la muerte, cuando oyó llamar á la puerta.

Abrió, y una mujer la siguió hasta el aposento en donde estaba la enferma.

— Señora, dijo la recien llegada, una persona que sabe el aflictivo estado en que se halla V., le suplica que acepte estos recursos.

Y al decir esto, le entregó un bolsillo lleno de monedas.

CAPITULO XIX.

Contra envidia caridad.

Inmenso fué el asombro de Filomena, al ver que cuando todos la abandonaban, cuando su hija estaba á punto de exhalar el último suspiro, cuando creia que se acababa el mundo para ella, habia una persona caritativa que pensaba en su dolor y que llegaba hasta su misma casa á ofrecerla consuelo.

La emocion y la sorpresa impidieron á Filomena reconocer al pronto, en la mujer que le habia lle-

vado aquellos recursos, la anciana servidora de Isabel; porque mis lectores habrán comprendido desde luego, que la que llamó á deshora en la puerta de Filomena era la señora Feliciana.

— ¿Quién es V., señora? le perguntó despues de una breve pausa, que aprovechó la portera en observar á la niña enferma.

— Soy ama de gobierno de una señorita muy buena, que vive cerca de aquí; por los vecinos he sabido las desgracias de V., se las he contado, y como ella tambien ha sufrido mucho, y no puede ver lástimas sin socorrerlas, apenas se ha enterado me ha enviado aquí con el bolsillo que acabo de entregar á V. Por supuesto, añadió la portera, que yo soy una parlanchina; lo primero que me encargó, fué que no la dijese á V. una palabra, pero se me ha ido la lengua, y lo único que suplico á V. es que no me descubra nunca.

La habitacion donde pasaba esta escena estaba medio á oscuras.

Solo un lienzo de la pared, estaba iluminado por el resplandor que proyectaba de una capuchina que habia en el cuarto contiguo.

Filomena no sabia qué decir.

Tenia en sus manos el bolsillo que acababa de entregarle la anciana, podia con aquellas monedas apaciguar á sus acreedores, comprar medicamentos para su hija y buscar un buen médico; la felicidad se le entraba por la puerta bajo la forma de la caridad, y le parecia que estaba soñando.

Viendo la señora Feliciana que nada le decia Filomena, se dispuso á partir.

Al moverse, se colocó delante de la puerta, y gracias al resplandor que iluminó su rostro, pudo la madre desventurada ver sus facciones y reconocerlas.

— ¿Cómo, exclamó de pronto, es á Isabel, á m

vecina, á quien debo el socorro que me ha entregado V., señora?

— No por cierto, contestó la señora Feliciana turbándose.

— ¡Oh! no lo niegue V., es ella, V. la sirve.

— ¿Qué, me conoce V.?

— La he visto á V. entrar y salir en su casa, la he visto á V. en sus balcones, acompañándola, sé los motivos porque está V. á su lado... ¡ah! sí, no me lo oculte V... es ella quien se ha apiadado de mis desdichas

— Pues bien, ya que no hay otro remedio, confesaré la verdad. Mi señorita no es rica que digamos, pero puede sin perjudicarse desprenderse de la cantidad que le ha enviado á V. para que se remedie... por otra parte, su mayor felicidad es hacer bien, pero tiene un génio tan raro que no le gusta que se sepa; y si no quiere V. que se disguste, há-

game V. el favor de no contarle nunca que ha descubierto V. su secreto.

— ¡Oh! qué vergüenza, pensó Filomena cubriéndose la cara con las manos... yo la he perseguido, la he calumniado y ella me colma de beneficios; es mi Providencia cuando no me quedaba mas camino que la miseria y la deshonra!

La señora Feliciana se alejó prometiendo á la afligida madre que al dia siguiente volveria á saber cómo estaba la enferma.

La primera diligencia que hizo Filomena fué mandar á llamar á un médico de los mas acreditados que vivia en la misma calle.

No tardó en ir el doctor, y despues de observar á la niña:

— Está atravesando el período mas crítico de su enfermedad; esta noche se resolverá la cuestion y aun cuando la convalecencia será larga, aun espero que podremos sacarla adelante.

Filomena acabó de convencerse de la sublime verdad que ha formulado el vulgo al pronunciar esta frase : « La Providencia aprieta, pero no ahoga. »

Con la seguridad de poder atender durante algunos dias á sus necesidades, con la esperanza de ver á su hija buena, se calmaron sus penas, pero la conciencia aprovechó aquel instante de trégua para hablarla.

— He sido una miserable, se dijo, impulsada por la envidia he calumniado á ese ángel. Tarde conozco mi error, pero mi arrepentimiento es sincero y yo procuraré salvar su honra que tan villanamente he mancillado.

Filomena, que al olvidarse de que era mujer, para consagrarse á los deberes y á las dulcísimas emociones del amor maternal, habia renunciado á la coquetería, á las intrigas femeniles, las que hasta entonces la habian preocupado, prometió velar por

Isabel, y como sabia que Enrique aspiraba á seducirla, juró librarla de las asechanzas de su antiguo cómplice.

Dios quiso premiar su contricion, y al dia siguiente cuando fué el médico á ver á la niña :

— Está ya fuera de peligro, dijo á Filomena, pero necesita mucho cuidado, porque una recaida seria fatal.

La señora Feliciana no dejó de ir un solo dia á saber cómo estaba la enferma.

Cuando se halló mejor, le hizo Filomena varias preguntas acerca de la amistad de Enrique con su ama.

— El señorito Enrique, le dijo un dia, es un santo... Nadie conoceria que es militar.

Y le refirió la historia del mendigo y los auxilios que, unido con su ama, prestaba á su familia.

— Ha interesado tanto á la señorita Isabel, aña-

dió en favor de esa pobre gente, que un dia de estos quiere mi ama ir á visitarlos.

— La acompañará V.

— Creo que no, porque, segun he oido, vendrá á buscarla el señorito Enrique, y su madre irá por otro lado á la casa de los pobres... Quiere decir, que allí se encontrarán todos.

Filomena comprendió que aquello no era otra cosa que un lazo tendido por el militar á Isabel.

— Señora Feliciana, dijo: ¿Usted quiere á su ama?

— Daria toda mi sangre por ella.

— Pues es preciso que sepa yo cuándo va á esa casa.

— ¿Con qué objeto?

— ¿Cree V. en mi agradecimiento?

— Y tanto como creo.

— En ese caso, no le diga V. nada de mis temores; pero sospecho que ese jóven quiere tenderle

una emboscada, y es preciso que la salvemos.

La señora Feliciana quiso pedir explicaciones; pero en aquel momento llamaron á la puerta.

— Es Enrique, dijo Filomena, ocúltese V. en ese cuarto, salga V. cuando él entre en esta sala, no diga V. nada por Dios á la señorita Isabel y mañana hablaremos.

Enrique entró.

Filomena no se habia equivocado; pero la *caridad* habia triunfado de la *envidia*.

CAPITULO XX

Una Emboscada.

Enrique estaba persuadido de que Isabel caeria en el lazo que iba á tenderle, y una vez en su poder estaba seguro de realizar sus infames deseos.

— Mi madre nos espera en casa de esos pobres, dijo el jóven entrando una tarde, ya al anochecer, en su casa. Si V. quiere, esta es la ocasion de que vayamos á verla.

— Nos acompañará la señora Feliciana.

— Nos es necesario; la casa está cerca. Yo la

guiaré á V., y al volver vendrá en compañía nuestra mi bondadosa madre.

— En ese caso, vamos.

Y poniéndose un velo, salió en compañía de Enrique, y por la calle de la Justa, Ancha de San Bernardo, Reyes y plazuela de las Capuchinas llegó á la calle de Amaniel, en donde se detuvo Enrique con ella delante de una casa de mísera apariencia.

Poco despues que su ama, salió la señora Feliciana, para cumplir la promesa que habia hecho á Filomena.

Enrique sacó del bolsillo una llave, y abrió la carcomida puerta de aquella casa.

Esto hubiera bastado á Isabel para comprender que la tendia un lazo, si, mejor informada de lo ardides del amor, hubiera tenido el recelo de la experiencia.

Gracias á las cerillas de Cascante, pudieron subir los dos jóvenes, sin tropezar, aquella tortuosa es-

calera y llegar hasta la puerta de una de las bohardillas.

Dió un golpecito Enrique, y la puerta se abrió, presentándose á los dos jóvenes una vieja con todo el aspecto de una Madre Celestina.

— ¿Ha venido mi madre? preguntó Enrique.

— Sí, señor ,respondió con melíflua voz la quintañona; pero le ha dado tanta lástima al ver el estado de desnudez y miseria de mis buenos vecinos, que ha bajado con ellos para comprarles en una tienda de las mas inmediatas algun vestido, y al marcharse con ellos me dejaron aquí para que se lo anunciara á Vds. cuando vinieran.

— Pero ¿vendrá pronto?

— Muy pronto, sí; yo voy con su permiso á mi cuarto, que es el inmediato, porque de un momento á otro vendrá mi pariente, que se alborota y se incomoda cuando la comida no está á tiempo.

— Vaya V. sin cuidado; aqui esperams. ¿No le parece á V.? dijo Enrique á Isabel.

— Si no ha de tardar mucho...

— ¡Cá! no, señora; unos cuantos minutos á lo mas.

La vieja se alejó, y los dos jóvenes quedaron solos.

— Isabel, dijo de pronto Enrique arrojándose á sus plantas, perdone V. lo que he hecho; pero si el inmenso amor que me inspira V. lo disculpa...

— ¿Qué dice V.? exclamó Isabel asustada.

— Digo que la he engañado á V.; los pobres que usted espera no están ya en esta casa; mi madre tampoco vendrá, porque ignora que yo he tomado esta casa, y he urdido esta intriga para traerla á usted aquí, para arrojar en su presencia de V. la máscara con que hasta ahora he ocultado el amor que me inspira, para confesarla que el amor que siento hác'a V. es tan grande, que necesito á toda costa que V. me corresponda para ser feliz.

— Enrique, Enrique, dijo Isabel reuniendo todas sus fuerzas, lo que V. ha hecho conmigo es infame.

— Califíqueme V. como quiera : soy culpable, sí; todas cuantas palabras pronuncie V. en contra mia, serán pocas para castigar mi atrevimiento, mi infamia, como V. ha dicho; pero ¡ay! el amor es ciego : la pasion en un hombre como yo lleva hasta el crímen, y, créame V. : ó V. es mia, ó encontrarán aquí los que vengan mas tarde, nuestros cadáveres enlazados.

La situacion era altamente crítica para Isabel.

Pero aunque como mujer era débil, fué tal la aversion que sintió hácia su infame seductor, que sacando fuerzas de flaqueza calificó con dureza su conducta, y le anunció que antes preferiria ser muerta que deshonrada por aquel villano.

La escena se prolongó en súplicas, en negativas, en amenazas y en desprecios, llegando hasta tal

punto la desesperacion de Enrique, que estrechando en sus brazos á Isabel :

— Eres mi esclava, le dijo, tendrás que obedecer mi voluntad.

En aquel instante comenzó una desesperada lucha entre los dos.

Isabel pugnaba por desasirse de él gritando al mismo tiempo, pero el infame tapaba con sus manos su boca y ya creia su triunfo conseguido, cuando oyó golpes en la puerta.

— ¿ Quién va? gritó con furia Enrique.

— Soy yo, hijo mio, abre, dijo una voz, en la que los dos reconocieron á doña Rosa.

Maquinalmente soltó Enrique sus brazos, é Isabel corrió hácia la puerta á abrir, y poco despues penetró doña Rosa.

— ¿Dónde está, dónde está mi hijo? gritó la pobre señora. ¿V. aquí? añadió reparando en Isabel.

Enrique no se atrevia á alzar los ojos al suelo.

Su mayor castigo era la vergüenza que experimentaba.

— Hemos venido, dijo Isabel serenándose, á hacer una obra de caridad en esta casa donde viven unos pobres que han salido, y los aguardábamos para socorrerles cuando vinieran.

— ¿Será posible? esclamó doña Rosa.

— Sí, es cierto; balbuceó Enrique mas humillado al ver que, en vez de delatarle su víctima, procuraba defenderle.

— Se me quita un enorme peso de encima, añadió doña Rosa; porque hace poco, estando yo en mi casa, recibí una carta, en la que me decian que si queria librar á mi hijo de la muerte, viniera aquí, porque se le habia llamado con pretesto de hacer una obra de caridad y se le esperaba para asesinarle.

Esto dió un rayo de luz á Enrique.

— ¡Oh! todo lo comprendo ahora, dijo Enrique; por eso no estàn aquí los infelices á quienes veníamos á socorrer, y eran, sin duda, instrumentos de alguna venganza. Huyamos, huyamos de este sitio.

Y adelantándose á donde estaba Isabel, esclamó:

— Perdon, señora, perdon.

— No solo perdono, sino que le compadezco á usted, dijo la jóven; pero no vuelva V. á presentarse ante mi vista.

Los tres abandonaron aquella casa; doña Rosa y su hijo acompañaron á Isabel, y al dia siguiente pidió Enrique que le destinaran á Ultramar.

Filomena habia salvado, por agradecimiento, á la que poco antes habia calumniado.

Ella habia sido quien habia escrito la carta á la madre de Enrique.

Como se ve, los beneficios que habia sembrado Isabel en su corazon, fructificaban.

CAPITULO ULTIMO

El octavo marido.

Mis lectores han comprendido ya que los maridos de Isabel eran ni mas ni menos que las siete virtudes.

Y con efecto; si bien es verdad que una mujer necesita poseer el cariño y despues la proteccion que puede dispensar un esposo, cierto es tambien que la teoría de los maridos indispensables cae por su base y no tiene razon de ser desde el momento en que una mujer adornada con todas las virtudes

tiene bastante grandeza, bastante carácter para vencer las asechanzas y los vicios.

Sola en el mundo, la hemos visto triunfar de la codicia de una mujer, de la envidia de otra, de la ardiente y desordenada pasion de Enrique, que aspiraba á seducirla, y como si esto no fuese bastante, triunfó tambien de D. Lupercio, que con hipocresía aspiraba á los mismos fines del militar.

¿Pero era feliz en medio de estos triunfos?

Isabel se engañaba á sí propia al responderse afirmativamente.

Creia que su razon habia muerto para el amor, y la verdad es que solo estaba dormido.

Desengañada de la amistad por los peligros que le habia hecho correr, vivió algun tiempo en la mayor soledad, no salia nunca de su casa, y esto como era natural, alteró su salud hasta el punto de inspirar sérios temores su enfermedad.

Los médicos le encargaron que fuera al campo

para restablecerse, y la señora Feliciana, que tenia relaciones en Leganés, aconsejó á su ama que escogiese este pueblo.

Un dia fué á él con su sirvienta, vieron todas las casas desalquiladas, y tomaron una que estaba próxima al hospital de dementes que existe en Leganés.

Los aires puros que allí se respiraban, los buenos alimentos y los largos paseos devolvieron la salud á Isabel.

Aunque buscaba la soledad, no pudo prescindir de admitir en su casa á algunas familias del pueblo, que deseaban su trato porque inspiraba á todos las mas vivas simpatías.

— ¿No quiere V. visitar la casa de locos? la preguntaban á menudo.

— ¡Oh! no, me causaria mucha tristeza ver á esos infelices.

Sin embargo, escuchaba con interés la relacion de las escentricidades de los locos.

—Hay uno, le dijeron, que da lástima. Es jóven, bien parecido, de gran talento y de una habilidad extraordinaria. Cuando está en los momentos lúcidos, da gusto oirle hablar; pero á lo mejor cae en una profunda melancolía, quiere llorar, dice que llora, pero sus ojos no se humedecen, las lágrimas los han abandonado para siempre.

—¿Y cuál es la causa de su estado? preguntó un dia Isabel.

—El médico del establecimiento nos ha dicho que todo en él es efecto de una pasion desgraciada. Amaba á una mujer con delirio; como era algo calavera cometió una infidelidad; su amada le rechazó entonces, y desesperado cayó primero enfermo y perdió la razon.

Rogaron muchas veces á Isabel que fuera á verle y al fin lo consiguieron.

Mis lectores comprenden la impresion que aquel infeliz causaria en la jóven, porque como habrán adivinado era Mariano.

Su dolor fué mayor cuando al verle su antiguo amante, la reconoció, cayó á sus piés implorando perdon y vió sus ojos inundados de lágrimas.

El médico de los dementes habia anunciado que una fuerte emocion le curaria y no se habia equivocado.

En todo el pueblo se comentó el suceso é Isabel se vió precisada á alejarse.

Pero la piedad se habia despertado en su alma.

Su amor propio estaba satisfecho porque sola habia polido resistir las asechanzas de los enemigos de su felicidad, pero la que tantas virtudes atesoraba debia sentir de nuevo la caridad.

. . . .

Algunos mesos despues... — no se rian ustedes porque esta novela acaba como todas, — algunos

dias despues la *Mujer de los siete maridos*, conservándolos, y con permiso y gran contentamiento de Mariano, fué su esposa.

La Santa Madre Iglesia le permitió el octavo marido, que á los ojos del mundo era el primero.

Los otros siete ¡cosa extraña! contribuyeron á la ventura del que bien podia decir que habia estado *loco de amor* por ella.

FIN.

INDICE


LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 470 3